

El Caballo del Rey Don Sancho
Comedia en cuatro jornadas y en
verso

Por

José Zorrilla

Freeditorial 

PERSONAJES

DON SANCHO EL MAYOR, rey de Navarra.

LA REINA, su mujer.

EL INFANTE DON GARCÍA.

DON RAMIRO.

GISBERGA.

DON PEDRO SESÉ, caballero mayor del rey.

ARJONA.

JUAN.

MELENDO.

Soldados.

Caballeros.

Pajes.

Reyes de armas.

Jueces del campo.

Pueblo.

Año de N. S. J. C.

JORNADA I

Interior de un aposento de casa rústica, que ocupa la mitad del escenario, cuyos adornos consisten en utensilios de caza. Este aposento tiene una puerta a la derecha y dos en el fondo; de estas dos la una es una alcoba, la otra es la salida y entrada. a la izquierda una ventana con reja de madera. La parte exterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

ESCENA I

GISBERGA en el aposento. JUAN bajando por la montaña.

GISBERGA

Ya va avanzando la noche,
y fría y lóbrega cierra,
¡y aun no vuelven!...; pero siento
pasos. ¿Quién es?
(Asomando a la ventana.)

JUAN

(Desde fuera.)

Yo.

GISBERGA

Ya llegan.
(Abre GISBERGA, y entra JUAN con caza y perros.)

¿Y tu amo?

JUAN

Pues ¿no ha venido?

GISBERGA

No.

JUAN

Habrá alzado alguna pieza.

GISBERGA

Mas ¿dónde está?

JUAN

Tras mí viene.

Le dejó junto a la peña
del puente, donde los perros
se nos plantaron de muestra.

GISBERGA

¿Tan de noche y sigue rastro?

JUAN

¡Qué queréis! Si no le deja

la afición. Díjome al irse
que a espacio a casa volviera,
que de cerca me seguía;
mas al pie de aquella cuesta
le he esperado largo rato,
y ya creí que me hubiera
adelantado, tomando
por el atajo.

GISBERGA

Pues, ea,
que te ayude el africano
á descargar, y Teresa
que apronte una buena lumbre.

JUAN

Sí, ¡por Dios! que ahora comienza
una lluvia tan menuda,
que cala.

GISBERGA

Pues date prisa.

JUAN

Allá voy. ¡Bien lo hemos hecho!
Molidas traigo las piernas.

ESCENA II

GISBERGA. DON GARCÍA baja por las montañas, acercándose a la casa y dando instrucciones a los que lo acompañan para lo que pasa en las escenas posteriores. DON GARCÍA se adelanta solo.

GISBERGA

¿Tan tarde y solo en el monte,

y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el Rey ausente
haciendo a los moros guerra?
Mas... sí..., estoy sintiendo pasos;
él es..., sin duda
(Mira por la ventana.)

se acerca:

¿eres tú?

DON GARCÍA

Yo soy.

GISBERGA

Aguarda,
que voy a abrirte la puerta.

(Lo hace.)

Entra, amor mío... Mas ¡cielos,
no es él!

DON GARCÍA

No, no es el que esperas
tan afanosa y amante,
pero es otro cuyas huellas
sólo traen rastro seguro
cuando hacia ti se enderezan.

GISBERGA

Señor caballero, basta,
basta de vanas protestas
de un amor que simpatía
en mi corazón no encuentra.
Dos veces me habéis buscado,
y dos veces por sorpresa
habéis llegado hasta mí

aprovechando la ausencia
de las gentes de mi casa.

DON GARCÍA

Aparta, serrana bella,
el ceño adusto, que entolda
tus miradas hechiceras.
¿Qué haces entre los peñascos
de estas montañas desiertas,
donde el sol de tu hermosura
tan breve horizonte encuentra?

Ven, abandona conmigo
estas paredes de tierra,
para habitar un palacio
y ver a tus plantas puesta
toda una corte ostentosa,
toda la Navarra entera.

GISBERGA

Si no me enojaran tanto
vuestras lisonjas molestas,
á fe que reir me harían
tan colosales promesas,
porque tan grandes no fuesen
si fuesen más verdaderas.

Toda Navarra: ¡ahí va poco!
¿Y a quién? ¡A una lugareña!

DON GARCÍA

¡Ay, serrana, que es tan falso
tu pecho como tu lengua,
y para enviar en palabras
tus pensamientos a ella,

lo que crees y lo que dices
tu astuto corazón trueca!
¿Serrana tú? ¿Tú villana?
Aunque ese sayal que llevas
y esa toca te disfrazas,
en vano engañarme intentas;
que no hay serrana que arome
con tal cuidado las trenzas
que en agujas de oro prendes,
y acaso con nácar peinas.

Villana que en los arroyos
se lava y al sol expuesta
y al aire libre ha pasado
diez y nueve primaveras,
no tiene tan transparentes
las manos a torno hechas.

GISBERGA

Tened las torpes palabras
que me indignan y avergüenzan,
ó alguno tal vez que puede,
á la garganta os las vuelva.

DON GARCÍA

¿Quién, el jayán que allá dentro
enciende la chimenea?
¿Con qué? ¿Tal vez con el látigo
con que a los galgos encierra?

GISBERGA

Caballero!

DON GARCÍA

¿Ó es el otro

que de misterios se cerca,
y aquí entre misterios pasa
su misteriosa existencia,
dando al necio vulgo pábulo
para hartos absurdas consejas?

GISBERGA

¿Qué decís?

DON GARCÍA

Lo cierto digo.

Toda la comarca entera
ya de vosotros murmura
y de vosotros se aleja.

La misma corte, Pamplona,
ya en vosotros tiene puesta
su atención, y aseguraros
á mí me encarga la Reina.

GISBERGA

¡Cielos!

DON GARCÍA

Ahora bien, hermosa,
mi valor y mi nobleza
me han colocado en Navarra
de la Real familia cerca.

Yo te amo, y yo solo puedo,
si no esquivas tal oferta,
librarte de los peligros
que sobre ti se aglomeran.

GISBERGA

Idos, señor caballero,
y no os fatiguéis la lengua

en promesas ni amenazas
que quien las oye desprecia.
Decís que los que habitamos
esta marañada selva
damos al vulgo que hablar
y que temer a la Reina;
pues bien, la Reina y el vulgo
cuando les plazca que vengan,
y verán desvanecidas
tan injuriosas sospechas.

DON GARCÍA

Mucho de tu causa fías;
mas ¿sabes que malas lenguas
por espías os delatan
de los moros?

GISBERGA

¡Tal afrenta!

¡Espías!

DON GARCÍA

Tal lo murmuran;
y las nocturnas escenas
que dicen que en este valle
pasan (que serán quimeras),
mas que ante el vulgo ignorante,
que todo mal lo interpreta...

GISBERGA

¿Qué?

DON GARCÍA

De magos os acusan,
de quirománticas ciencias

profesores o secuaces...

¡Qué sé yo!

GISBERGA

Dios nos proteja.

¡Espías y nigromantes!

DON GARCÍA

Que son crímenes que llevan

á los unos a la horca,

á los otros a la hoguera.

GISBERGA

¡Por Dios, señor caballero,

que patrañas tan groseras

los nobles y cortesanos

es imposible que crean!

DON GARCÍA

Que aquí un espíritu habite

que impalpable se aparezca

bajo mil formas distintas,

ya en el llano, ya en la vega;

que aquí, con otros espíritus,

nocturnas rondas emprendan,

y otras semejantes fábulas

que cuenta la chusma crédula,

no puede creerlo nadie

que cinco sentidos tenga;

mas ¿quién en vuestros encantos

no creerá si a ver llega

los poderosos hechizos

que atesora tu belleza?

¿Qué mas filtro que tus ojos,

que filtran y que penetran
los corazones más duros,
que entre sus rayos se queman?

GISBERGA

Idos, caballero, idos;
vuestro amor, vuestras ofertas,
ni puedo admitirlas yo,
ni a poder, las admitiera.
Idos, por Dios, caballero,
que estoy temiendo que vuelva
quien puede de estas palabras
pedirnos a entrambos cuentas.
Salid de aquí.

DON GARCÍA

En vano trazas
una inútil resistencia;
un solo criado en casa
tienes, y la casa cercan
quienes de ese otro que dices
sabrán defender las puertas.

Mira.

(La hace mirar por la ventana y ver los monteros que rodean la casa.)

GISBERGA

¡Gran Dios!

DON GARCÍA

Y si viene
le prenderán...; conque piensa
que tengo mucho poder,
que traigo gente resuelta,
que te amo, y que has de ser mía

por voluntad o por fuerza.

GISBERGA

¡Cielos! ¿Quién es este monstruo
que así ultraja la inocencia,
y los respetos más santos
tan sin pudor atropella?
¿No hay quien contra ti me ampare?

DON GARCÍA

No; no hay nadie; en vano esperas
que en el que fías te escuche
ni a darte socorro venga,
no; que aunque ese hombre no diese
cual da a la corte sospechas
con su misteriosa vida,
por quererte la perdiera.

GISBERGA

Primero habrás de matarme
que yo en seguirte consienta.

DON GARCÍA

Pues bien, si no vas amante,
te arrastraré prisionera

(Va a volverse para salir, y por una de las puertas del fondo aparece DON RAMIRO.)

ESCENA III

DON GARCÍA, DON RAMIRO y GISBERGA.

GISBERGA

¡Ah!

DON GARCÍA

¡Santo Dios!

DON RAMIRO

Buenas noches.

¡Hola! Bien venido sea
el príncipe don García
á mi mísera chozuela.

GISBERGA

(¡El Príncipe!)

DON GARCÍA

(Me conoce.)

DON RAMIRO

Pero parece que os deja
mi llegada algo turbados.

Qué, ¿os enoja mi presencia?

¡Vaya, perdonad por hoy,
no es justo que al raso duerma
teniendo casa..., ¡mal rayo!
y ahora que zaracea!

Mas ¿qué mil diablos tenéis?

¿Os habéis vuelto de piedra?

Ea, señor, animaos,
que aunque no son mis riquezas
más que de vasallo, aun puedo
ofreceros cama y mesa!

(Á GISBERGA.)

Di a Juan que abrevie, que el Príncipe
pasó la jornada entera
cazando, y tendrá apetito:
(y a presentarte no vuelvas).

ESCENA IV

DON GARCÍA y DON RAMIRO.

DON RAMIRO

Y ¿en qué pensáis?

DON GARCÍA

¿Por dó entrasteis?

DON RAMIRO

¿No lo visteis? Por la puerta.

¿Ó juzgáis que sea brujo

que entro por las chimeneas?

Ya sé que el vulgo lo dice,

pero ¿yo?... ¡Vaya una idea!

(Riéndose.)

DON GARCÍA

Acabemos de una vez,

¡voto a Dios!..., quienquier que seas...

DON RAMIRO

¡Ésta es mejor! ¿Estáis loco?

Pues me gusta la manera

de pagarme el hospedaje!

¡Bah! Dejad la espada quieta

y cenemos en sosiego,

que es lo que nos interesa.

DON GARCÍA

(No sé qué es lo que me pasa:

jamás vi tanta impudencia.)

DON RAMIRO

Conque ¿qué hay nuevo en la corte?

¿Qué es lo que se sabe en ella
de don Sancho vuestro padre?

¿Avanza mucho en la guerra
con los moros?

DON GARCÍA

Los navarros
siempre en las campañas llevan
lo mejor, y hombre es mi padre
ante quien calla la tierra.

DON RAMIRO

¡Bien dicho, viven los cielos!
(Sacan en un canastillo platos, manteles; etc.)

Pero aquí está ya la cena,
y pues que viene a propósito,
vaciemos una botella
con un brindis a don Sancho
y a su pronta y feliz vuelta.
(Llena las copas y le ofrece una.)

Tomad.

DON GARCÍA

Yo no bebo.

DON RAMIRO

¡Cómo!
Mirad que así las sospechas
corroboráis de quien dice
que esperáis con impaciencia
la muerte de vuestro padre
para heredarle la hacienda.

DON GARCÍA

¡Villano!

DON RAMIRO

Bebed entonces,
y brindemos porque vuelva.

DON GARCÍA

No bebo nunca.

DON RAMIRO

¡Ésta es otra!

Pues ¿qué hacéis en esas fiestas
y en esas orgias en que
pasáis las noches enteras?

¡Bah, bah! Tomad esa copa
y sin recelo bebedla,
que no es mano de traidor,
señor, quien os la presenta.

DON GARCÍA

Hablemos de una vez claro,
que siento que mi paciencia
se va menguando, y escúchame.

DON RAMIRO

Hablad.

DON GARCÍA

Quienquiera que seas,
ya hombre vulgar como todos,
ya ministro de esa ciencia
diabólica y misteriosa
que lo escondido penetra;
siquiera fueres el mismo
espíritu de tinieblas,
hombre soy en cuyo pecho
ningún vil temor se alberga,

que he nacido en regia cuna
y sangre de rey me alienta.
Cómo he venido a esta casa,
y a qué, no creo que deba
á tus ojos esconderse,
y esas ambiguas maneras
que usas conmigo, intenciones
recónditas manifiestan.
Pues bien; de una vez declárate,
que a mí nada me amedrenta
cuando en la ocasión me encuentro.

DON RAMIRO

¡Bah! Todo eso es bagatela;
aquí estáis en vuestra casa,
aunque os roa la conciencia
al acordaros del modo
con que habéis entrado en ella.
Pero eso no es dé cuidado.
Si os pareció hermosa Elena,
si a galantearla vinisteis,
si os rechazó esquiva ella,
todo eso es muy natural
y no sale de las reglas:
vos ignorabais que es de otro,
y ella ignoraba quién erais.
Y en cuanto a esos temores,
que parece que os inquietan,
sobre quién soy o quién no,
sólo son vanas quimeras.
Confieso que hago una vida

montaraz en estas peñas,
y que a veces tengo antojos
tan raros y tan diversas
costumbres de las que suelen
los hijos de Adán y Eva,
que tiene razón el vulgo
cuando me hace en mil consejas
el héroe misterioso
y el poder que las maneja.

Mas veo que estáis inquieto
y que volvéis con frecuencia
los ojos a esa ventana.

¡Ah! Ya caigo: bajo de ella
habéis la gente apostado
para que os guarde la puerta.
Bien hecho; pero si os place
mandaré que en mis paneras
los alojen, que hace frío
y ningún peligro altera
la comarca Juan...

JUAN

(Saliendo.)

Señor...

DON RAMIRO

A éstos que allá bajo esperan
hospedaje da y regálalos
con todo cuanto apetezcan.

DON GARCÍA

(¡Cielo santo! ¿Qué hombre es éste?)

Mas disimular es fuerza,

pues tanto en sí no podría
fiar si solo estuviera.)
Gracias, huésped; mas son muchos
y os van a causar molestia...

DON RAMIRO

Nada de eso.

DON GARCÍA

A más, ya es tarde,
y en esa vecina aldea
nos esperan los caballos
y monteros.

DON RAMIRO

¡Qué simpleza!

¿Ir a atravesar el valle
con una noche como ésta?

No, no; aquí la pasaréis,
y mañana, cuando vuelva
el claro sol, todos juntos
á la corte iremos. Ea,
remitid, pues, los cumplidos
y sentaos. Nada alegre
ni entona mejor a un hombre,
que un par de viandas recias
y un par de sabrosos tragos
de pura sangre de cepa.

DON GARCÍA

Sea: ¿por qué como huésped
despreciar tales ofertas
con mala cara? Escanciad,
y brindo a vuestra franqueza,

y a los ojos de esa hermosa,
sea de vos lo que sea...

DON RAMIRO

Sí, sí, bebamos en tanto
que se pasa la tormenta,
y con la copa en la mano
la mañana nos sorprenda.

Bebed, y el ceño severo
desembozad.

DON GARCÍA

Sí, ¡por Dios!
que veo, huésped, en vos
un bizarro compañero.

DON RAMIRO

Dispuesto a cuanto gustéis,
sea de paz o de guerra.

DON GARCÍA

Fama por toda esta tierra
de gran corazón tenéis.
Dicen que en estas montañas
no hay quien os resista un bote,
ni fiera a quien no acogote
vuestro puño.

DON RAMIRO

¡Bah! Patrañas:
no niego que soy osado;
y cual veis recio y fornido,
jamás me he visto vencido
cuando a reñir me han sacado.
Pero no habléis de ello vos.

Con justador tan famoso,
el jayán más vigoroso,
¿qué tiene que ver?

DON GARCÍA

¡Por Dios,
que a ser como bravo noble,
y príncipe cual vasallo,
jinete en un buen caballo
y con buen lanzón de roble,
en cierta fiesta que espero
dar muy pronto, me holgaría
teneros de parte mía
como al mejor caballero!

DON RAMIRO

Lo siento de corazón,
mas no es posible.

DON GARCÍA

Me pesa.

DON RAMIRO

Me he metido en otra empresa
de más especulación.

DON GARCÍA

¿De más? Ignoráis la mía.

DON RAMIRO

Yo nada ignoro, señor.

DON GARCÍA

Esto salvo.

DON RAMIRO

Es un error
que padecéis, don García.

DON GARCÍA

Yo no creo a ningún hombre
con sobrehumano poder,
y mal podéis vos saber
lo aquí aún...

DON RAMIRO

No os asombre;
bien sé que con tanta maña
conducís vuestros secretos,
que aun los que están más sujetos
en la red de su maraña
su parte saben no más
y aunque a soltarse llegara
cualquier nudo, no soltara
el nudo de los demás.

Y está bien; pues de ese modo
contáis seguro vivir.

Mas ¿no has oído decir
que el diablo lo sabe todo?

DON GARCÍA

Voto á...

DON RAMIRO

¡Bah! No os enojéis
si en vuestro secreto os hablo;
es porque al cabo, del diablo
ocultarlo no podéis.

Parece que esto que os digo,
algo en vuestro ánimo influye;
mas el vulgo me atribuye
cierto prestigio... ¡Ay, amigo!

¡El diablo es gran personaje!
Y en todas artes maestro,
no hay humano que en lo diestro
ni en lo sabio le aventaje.
Mas ya es hora de dormir;
en lo dicho medita,
y consecuencia saca
de aquí para el porvenir.
En esta alcoba tenéis
blanda cama; si queréis,
dadme hora en que se os despierte
para partir a Pamplona.

DON GARCÍA

Enviadme a Lucas de Arjona,
y yo haré con él de suerte
que sin que se os incomode
yo esté servido, y mi gente
esté a hora competente
pronta a lo que me acomode.

DON RAMIRO

Voy a enviárosle, señor.

Dios os guarde.

DON GARCÍA

El os asista.

DON RAMIRO

(No te perderé de vista.)

DON GARCÍA

(No te escaparás, traidor.)

ESCENA V

DON GARCÍA.

¿Quién es este hombre, gran Dios?

¿Será cierto que penetre
mis ocultos pensamientos?

¡Imposible! ¡Finge, miente!

Mis secretos han vivido
dentro de mi pecho siempre,
y nadie hay que por mi boca
sepa más de lo que debe.

Mas ¡por Dios, que sus misterios
ciego y confuso me tienen,
y sus palabras me abisman
en mil varios pareceres!

Que me conoce está claro.

que me respeta parece;
mas tanto en sí mismo fía,
que no sé de él lo que piense.

¡No! ¡Imposible! ¡Nada sabe!

Sospechas tal vez tan débiles
serán, que de conjeturas
no han de pasar...Y me advierte

que sabe mucho...Me cita

la destreza con que siempre
me conduzco... ¡Eh! ¡Frase ambigua
con que sondarme pretende!

¡Bah! Cree, sin duda, que yo
al vulgo crédito preste
y por el diablo lo tome.

Mas ¡juro a Dios que le pese!
¡Ay de él como entre mis manos
á dar por fortuna llegue!
Todo su infierno y sus magias
contra mí no han de valerle.
Sí: fuerza es, de todos modos,
de tal hombre deshacerse;
si ignora, por lo que intenta;
si sabe, por lo que puede.
Mas ¡tarda Arjona!... Si acaso
no me lo envía... ¡Ah! Ya viene.

ESCENA VI

DON GARCÍA y LUCAS DE ARJONA.

DON GARCÍA

¿Qué es esto, Arjona?

ARJONA

¿Qué es esto,

señor?

DON GARCÍA

Lo ignoro a estas horas.

ARJONA

Y yo también.

DON GARCÍA

Ese huésped

con tanta doblez se porta,

que aun me mantiene indeciso

entre el temor y la cólera.

¿Y mis monteros?

ARJONA

Lo mismo

que vos. Han pasado cosas

allá abajo, que del vulgo

las hablillas corroboran.

DON GARCÍA

¿Cómo?... ¡Qué dices!

ARJONA

Que el diablo

parece que cartas toma

en el juego de esta noche.

DON GARCÍA

Pues ¿qué pasa?

ARJONA

Es una historia.

DON GARCÍA

Habla; sepámosla pronto

y evitemos...

ARJONA

Ante todas

cosas, señor, es preciso

que sepáis que, con faz torva,

cuando hacia aquí me condujo

el huésped, me dijo: «Arjona,

si en algo estimas tu vida,

dile a tu amo que en todas

las paredes de esta casa,

ojos, oídos y bocas

hay, que ven, oyen y cuentan

lo que entre ellas pasa».

DON GARCÍA

¡Hola!

Pues en cuenta lo tendremos.

Lucas, por si acaso, ronda
por esos cuartos vecinos;
en todas las puertas dobla
los pasadores; en esa
antesala las dos hojas
cierra de la puerta, mientras
yo voy a ver si en esta otra
hay salida o escondite,
y luego se hará en la alcoba
igual registro, veamos.

(DON GARCÍA y ARJONA entran y salen; DON GARCÍA por la derecha
y ARJONA por el fondo.)

ARJONA

Aquí hay una puerta sola,
sin más ventana ni armario
ni trasto que se interponga;
la pared lisa y no más.

DON GARCÍA

Lo mismo pasa en esta otra
cámara; ni en esta alcoba
(La del fondo derecha.)
tampoco hay nada: habla, pues;
ya estamos, Lucas, a solas.
Y cercado este aposento
de cámaras espaciosas
y solitarias, no hay miedo;

conque siéntate, y di, Arjona.

ARJONA

Pues atendedme, señor:

tenía yo con mi tropa
toda esta casa maldita
circundada a la redonda,
cuando salió de ella un hombre
y enderezó a mi persona;
díjome que vos pasabais
la noche aquí: en una copa
como un pilón de una fuente,
nos hizo echar una ronda.

Después nos condujo él mismo
á una casucha a ésta próxima,
diciendo que allí tendríamos
que cenar con vuestras sobras,
pues tal era vuestra orden.

DON GARCÍA

¡Cuerpo de tal! De mi propia
boca debiste venir
á tomarla.

ARJONA

Esa fué cosa
que me ocurrió, mas no pude
ponerla, señor, por obra.
Me sentaron a la mesa,
trajeron con qué hacer boca,
y el que hacía de Anfitrión
no me dejó a sol ni a sombra.
Yo ya intenté a la deshecha

colarme por una y otra
cámara, mas él siguióme
como sirviéndome. Sorda
desde entonces la sospecha
me royó el alma. Así toda
la casa anduvimos ambos,
y a nadie topé. Una olla
de agua al fuego vi no más
en la cocina, y seis lonjas
de jabalí en las parrillas:
¡para cuarenta, gran cosa!
Mas ¡juzgad de mi sorpresa
cuando vi que una tras otra
sirvieron ricas viandas
y buen vino en tazas hondas!

DON GARCÍA

Es que tendrán las cocinas
en otra parte.

ARJONA

Es que ahora
viene lo mejor: la mesa
nos la serviría una moza
como un sol.

DON GARCÍA

Pues ¡gran pedrada!

ARJONA

Mas como las licenciosas
lenguas de vuestros monteros
al momento se desbocan,
empezaron a hacerse agua

con la niña.

DON GARCÍA

Y vergonzosa,

¿se os escabulló?

ARJONA

Y aquí entra,

lo más negro de la historia:

en su lugar a servirnos

entró, bajo horrible forma...

DON GARCÍA

¿Alguna vieja?

ARJONA

Peor:

el mismo diablo en persona;

un etíope, con la cara

más obscura que la sombra.

Quedámonos como piedras,

pues nos trajo a la memoria

las consejas que se cuentan

de esta casa; mas Luis Torras,

que tiene un vino insolente

y un alma como hay muy pocas,

le preguntó por la chica.

El etíope, a la boca

se llevó la luz, y abriéndola,

nos mostró las fauces rojas,

mas sin lengua. En esto el huésped

entró, y héme aquí.

DON GARCÍA

Me asombra

tu relato, tanto más,
cuanto que aquí he visto cosas
que me dan que sospechar
alguna traición, Arjona.

ARJONA

¡Cómo!

DON GARCÍA

Al instante, es preciso
que de esta casa salgamos,
y a sus dueños sorprendamos.

ARJONA

Mas sin que demos aviso
á la gente...

DON GARCÍA

¿Es muy distante
donde se aloja?

ARJONA

Si fuera
posible que yo saliera
de aquí, todo era un instante.

Están en unas paneras
á este edificio contiguas.

DON GARCÍA

Bueno: a tus mañas antiguas
vuelve; ¿escalador no eres?

ARJONA

Me llevaba en su partida
vuestro padre en los asaltos.

DON GARCÍA

Ea, pues, mayores saltos

habrás dado en esta vida.

Salta por esa ventana.

ARJONA

Pero, señor, ¿y la reja?

DON GARCÍA

Es de palo, y está vieja.

(La rompe.)

Ya está rota; tierra gana
en cuanto afirmes el pie,
y ven con mi gente a mí.

ARJONA

Pero ¿y vos?

DON GARCÍA

Tranquilo aquí
vuestra vuelta aguardaré;
que es muy astuto el patrón,
y es fuerza que le imitemos
si salir bien pretendemos.

ARJONA

Príncipe, tenéis razón.

DON GARCÍA

Si vuelves, los más bizarros
mete por aquí conmigo;
queden los demás contigo,
y Cristo con los navarros.

ARJONA

Voy, pues.

(Baja por la ventana; DON GARCÍA le ayuda.)

DON GARCÍA

Arjona, con tiento.

(Aparece DON RAMIRO por el fondo derecha.)

ARJONA

Soltadme; ya estoy seguro.

DON GARCÍA

Vé, que con el huésped, juro
que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII

DON GARCÍA y DON RAMIRO.

DON RAMIRO

Decidlo bajo.

DON GARCÍA

¡Gran Dios!

¿Vos aquí?

DON RAMIRO

Viéndolo estáis.

DON GARCÍA

Mas ¿cómo? ¿Por dónde entráis?

DON RAMIRO

Por dónde, no es para vos.

Tratáis de iros, don García;

en buen hora, libre os dejo;

mas escuchadme un consejo

que os interesa, a fe mía.

Hay un hombre que os espía,

que sabe cuanto intentáis,

que os escucha cuando habláis,

que cuanto pensáis sorprende,

que os penetra y os comprende
aun lo que a solas soñáis.
Mirad, pues, lo que emprendéis,
porque si no andáis con tino,
en vuestro mismo camino
es fuerza que os le encontréis.
Y sé que a nadie teméis,
que alienta sangre Real
vuestro valor proverbial;
mas mirad que hay experiencia
de que es la mala conciencia
el contrario más fatal.

DON GARCÍA

Pues conoces mi valor
y estás viendo que te escucho,
verás que no temo mucho
tu vaticinio impostor.
No, no me infunden pavor
las extrañas aventuras
de que con artes oscuras
me has hecho el juguete aquí,
pues cuanto sepas de mí
no serán más que imposturas.

DON RAMIRO

¿Queréis que hora a hora os cuente
cuanto hoy por vos ha pasado?

DON GARCÍA

¡Va!

DON RAMIRO

Pues bien: ¿no habéis estado

hoy en la ermita del puente?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

¿No habéis a vuestra gente
puesto y día señalado?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

¿No enviasteis a cada uno
un emisario diverso,
para que en un caso adverso
no lo pierda todo alguno.

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

¿No es la última señal
para que rompan la valla,
el caballo de batalla
y el paramento Real
de vuestro padre?

DON GARCÍA

¡Ah!

DON RAMIRO

Si en él
salís jinete a pasearos,
al volver, ¿no han de aclamaros
rey de Navarra?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Y fiel

vuestro bando a estas señales,
¿no estará en tranquilidad
si salís por la ciudad
sin los paramentos Reales?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Y la Reina, vuestra madre,
que es quien os estorba sólo,
¿no acaba de ser con dolo
acusada a vuestro padre...

DON GARCÍA

¡Cielos!

DON RAMIRO

De un crimen horrible
de adulterio?

DON GARCÍA

¡Santo Dios!

DON RAMIRO

Y el acusador sois vos...,
que me parece increíble.

DON GARCÍA

Sí, todo es cierto.

DON RAMIRO

¡Pardiez!

En ese caso, señor,
estudiad para otra vez
vuestro papel de traidor.

DON GARCÍA

Pesadilla, espectro, ú hombre
que mis secretos más graves
cual yo mismo lees y sabes...
¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

DON RAMIRO

¿Confesáis que cuanto os hablo
es la verdad, don García?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Pues soy desde este día
vuestro ángel o vuestro diablo.
Doquiera tras vos iré,
uniré a vos mi destino,
vuestro malo o buen camino,
diablo o ángel, seguiré.

DON GARCÍA

¡El diablo! Invención grosera
que sólo en el vulgo cabe;
mas oye, quien tanto sabe,
fuerza es que me mate o muera.
Nadie me amedrenta, no;
puédeme el diablo vender,
y aquí el diablo ha de caer,
ó aquí bajo él caeré yo.

DON RAMIRO

Tened: caerá uno, sí,
mas advertid, don García,
que ni hoy ha de ser el día,

ni el sitio ha de ser aquí.

Por esa noble matrona
tiempo vendrá en que lidiemos,
y uno de los dos caeremos.

DON GARCÍA

(Con la espada en la mano.)

Cúbrete, pues.

DON RAMIRO

No; en Pamplona.

(DON RAMIRO al fin de esta escena se habrá ido retirando al fondo hacia la puerta por donde salió, la cual cierra de repente, dejando a DON GARCÍA solo en la escena. Al mismo tiempo sale por fuera de la casa ARJONA con monteros y caballeros, con armas y antorchas. DON GARCÍA se abalanza a la puerta por donde entró DON RAMIRO, y ARJONA sube al mismo tiempo por la ventana, y varios tras él.)

ESCENA VIII

DON GARCÍA, ARJONA y monteros.

ARJONA

(Entrando por la ventana.)

¡Señor!

DON GARCÍA

¡A mí, Arjona, a mí!

ARJONA

¡Sus, pues! ¡Arriba!

DON GARCÍA

Seguro

le tengo aquí, y yo le juro
que le he de matar aquí.

ARJONA

Dad..., dad...

(Se agolpan a la puerta, golpeándola.)

Cede... Cayó ya.

DON GARCÍA

Traedme, pues, a ese traidor.

ARJONA

(Entra y sale.)

Aquí no hay nadie, señor.

DON GARCÍA

¡Cómo!

ARJONA

Vedlo; aquí no está.

DON GARCÍA

¡Ira de Dios! ¡Con tal juego
pretende causarme asombro!

Toda la casa en escombros
tornaré. ¡Pegadla fuego!

ARJONA

¡Señor!

DON GARCÍA

¡Silencio, menguados:
esas teas arimadla
sin replicar; incendiadla
por todos cuatro costados!

¡Fuera, pues: pronto! ¡Cercadle
la casa! ¡Si se presenta,
atadle por buena cuenta;
mas si resiste, matadle!

(Pegan fuego a la casa, salen y la cercan en derredor.)

Veremos si trampantojos

le valen: ¡ó ha de salir,
ó aquí dentro va a morir
con las ascuas a los ojos!

JORNADA II

Salón del palacio de DON SANCHO en Pamplona: puerta en el fondo;
ventana a la derecha; puerta a la izquierda.

ESCENA I

DON GARCÍA. Después ARJONA.

DON GARCÍA

Ya va la mañana entrando
y aun no parece ese hombre.

ARJONA

Señor...

DON GARCÍA

¡Ah! ¡Gracias a Dios!

¿Cómo estamos?

ARJONA

Como anoche.

Desplomáronse uno a uno
los tostados paredones.

DON GARCÍA

¿Y qué?

ARJONA

Nadie ha parecido;
conque quedan los traidores

debajo de los escombros
como bajo siete montes.

DON GARCÍA

¿No hay, pues, temor?

ARJONA

No hay ninguno.

DON GARCÍA

¡Ay! Una losa de bronce
me quitas el corazón;
somos salvos.

ARJONA

Se supone.

Nadie salió de las llamas,
ya lo visteis; desde entonces
doblé las guardias en torno,
y ahora los muertos tizones
revuelve la gente nuestra,
de Luis Torras a las órdenes.

Todo lo están registrando,
y con todo cuanto logren
les mandé venir al punto.

DON GARCÍA

Bien, Lucas.

ARJONA

¡Vaya una noche!

Cosa de magia parece.

¡Si vierais cuántos sudores
me costó hacerlos que entraran
á revolver los carbones!

Todavía se temían

que aquel espantoso etíope
de los escombros se alzara,
con su amo dando mandobles.

DON GARCÍA

¡Mas si se salvó!...

ARJONA

¡Imposible!

La casa encima cayóle,
y él, viéndose descubierto,
allí achicharrar dejóse
por no dar en nuestras manos.

DON GARCÍA

¡Ojalá!

ARJONA

Dios le perdone.

Mas ¿tanto ese hombre estorbaba?

DON GARCÍA

Era muralla de bronce
puesta a mi paso: mis planes
exactamente conoce.

ARJONA

¡Cómo!

DON GARCÍA

Todos me los dijo.

ARJONA

Si él era solo, temores
vanos desechad del alma,
y no receléis que torne.
Allí yacerá enterrado
entre los negros terrones,

como a un raposo a quien ciegan
su cueva los cazadores.

DON GARCÍA

Arjona, todo lo temo
de aquel maldito.

ARJONA

Aprensiones,
señor; los muertos no vuelven
al mundo más.

DON GARCÍA

Me corroen
el corazón hasta ahora
desconocidos pavores,
y... Arjona, ya no hay remedio;
fuerza es que hoy mismo se logre
ó se pierda todo. Tú
sé el escondido resorte
que mueva toda la máquina
de mis proyectos. Vé, corre,
busca a los que en ese escrito
llevan marcados los nombres,
que éstos buscarán a otros,
y éstos a otros, y el golpe
será seguro; vé y diles
que treguas ni dilaciones
no hay ya; que hoy es nuestro día,
y ya la seña conocen.

El caballo de batalla
de mi padre...

ARJONA

¿Y si se opone
don Pedro Sesé?

DON GARCÍA

¡Oponerse!

ARJONA

Como está sólo a sus órdenes
la caballeriza Real,
y al partir recoméndole
mucho el Rey ese caballo,
es muy fácil que os lo estorbe.

Cambiad la seña.

DON GARCÍA

No hay tiempo.

Ya imposible es que trastorne
de la concertada empresa
las señales ni las voces:
fuera arriesgarse por poco,
y pueden algunos torpes...
No, están en lo del caballo,
y temo que se malogre
si los mudo la señal.

ARJONA

Mas si ese viejo de bronce,
os rehusa...

DON GARCÍA

Está previsto:
de mi padre espero orden
de prenderle con la Reina.

ARJONA

¡Cómo!

DON GARCÍA

De un crimen enorme
son reos.

ARJONA

Pero ¿eso es cierto?

DON GARCÍA

Eso no te corresponde
averiguar: obedéceme
sin meterte en más cuestiones.

ARJONA

Señor...

DON GARCÍA

Si Sesé se obstina,
sin aguardar a la orden
de mi padre, los acuso
en público, y acabóse.
Ea, pues, de aquí a una hora
que todo, Arjona, se apronte.

ARJONA

Así se hará.

DON GARCÍA

Corre, pues,
y ¡el diablo con los mejores!

ESCENA II

DON GARCÍA.

Sí, acabemos de una vez.
Ello es gran temeridad,

mas quedarse en la mitad
es mayor estupidez.
Ser a un tiempo acriminado
de rebelde y de impostor
por haberlo sin valor
decidido y no logrado,
es mengua para quien soy.
Si me es contraria la suerte,
y en vez del trono a la muerte
caminando a obscuras voy,
sea por mala fortuna,
que no por falta de brío.
Mas si al fin el triunfo es mío
y la ocasión oportuna
logro aprovechar, ¡pardiez!
siempre es la causa mejor
la causa del vencedor...
Sí, acabemos de una vez.

ESCENA III

DON GARCÍA y DON PEDRO SESÉ.

DON PEDRO

¡Hola! ¡Vos aquí ya!

DON GARCÍA

Buen caballero,

don Pedro de Sesé, muy bien venido.

DON PEDRO

Anoche...

DON GARCÍA

(Interrumpiéndole.)

Sí, cogióme el aguacero
en el monte.

DON PEDRO

Y ¿en dónde habéis dormido?

DON GARCÍA

En casa de un labriego.

DON PEDRO

¿Compensado
tal molestia le habréis?

DON GARCÍA

¡Oh! Se supone.

DON PEDRO

Vuestro padre es en eso...

DON GARCÍA

(Interrumpiéndole.)

Harto extremado.

DON PEDRO

Bueno es que a un rey lo liberal le abone:

vale más por afable ser querido,
que por severo y sin piedad temido.

DON GARCÍA

Y a propósito de ello, ¿qué noticias
hay de mi padre?

DON PEDRO

Como siempre, buenas:
las estrellas le son siempre propicias,
y se lleva las huestes agarenas
por delante.

DON GARCÍA

Y ¿no hay más?

DON PEDRO

¿Poco os parece?

DON GARCÍA

Yo no sé dónde oí...

DON PEDRO

¿Qué?

DON GARCÍA

Que en los reales

de día en día el descontento crece

por yo no sé qué nuevas...

DON PEDRO

Muy fatales

no serán, pues vencemos.

DON GARCÍA

De esta tierra

el Rey las recibió, no de su guerra.

DON PEDRO

¿De esta tierra?... No sé...

DON GARCÍA

Lenguas villanas

le pusieron acaso descontento

con vuestro gobernar.

DON PEDRO

Calumnias vanas.

La Reina y yo podremos al momento

cuentas sin tacha dar.

DON GARCÍA

¿Cuentas... de todo?

DON PEDRO

De todo, ¡vive Dios! ¿Quién tiene duda?

Soy don Pedro Sesé...

DON GARCÍA

Mas de ese modo

no os irritéis, que esa ira al vulgo ayuda

á creer que, pues tanto os acalora

la duda nada más, poco os escuda

la inocencia.

DON PEDRO

Lo sé.

DON GARCÍA

Y decidme ahora,

¿cómo acudís tan pronto a este palacio

DON PEDRO

Despacha aquí la Reina mi señora.

DON GARCÍA

¡Oh! ¡Pues no lo tomáis poco despacio!

DON PEDRO

Caballero, ese tono...

DON GARCÍA

Caballero,

el vuestro me incomoda, y de hoy presente

tened que soy el Príncipe.

DON PEDRO

Primero

vos recordad que vuestro padre, ausente,

su Real autoridad dejó en mi mano.

DON GARCÍA

Mas no os dejó ¡pardiez! por ayo mío,

ni sufriré jamás que un cortesano
con orgullo me trate o con desvío.
¿Lo entendéis? Del gobierno los negocios
despachad con la Reina, si esto os toca;
placer buscadla, entretened sus ocios;
mas, Sesé, en cuanto a mí, cosed la boca.

DON PEDRO

No os comprendo muy bien; mas temo acaso
que una sospecha injusta en contra mía
os anima. Si he dado algún mal paso,
que marcarais en qué desearía.
Tal vez remedio tenga.

DON GARCÍA

Basta.

DON PEDRO

Espero
que, pues nunca cual hoy me habéis hablado
sabréis...

DON GARCÍA

Ya basta digo, caballero;
no estoy a daros cuentas obligado.

ESCENA IV

Dichos, la REINA, pajes y damas.

REINA

¿Qué es esto, don García? Ese sonrojo,
Sesé, que el rostro trémulo os colora...
¿Qué es esto? ¿Os ha causado algún enojo

el Príncipe?

DON PEDRO

¡A mí enojo! No, señora;
antes mi indiscreción se le ha causado,
y de mi error disculpas le pedía.

REINA

De ese modo lleváisle perdonado;
yo os le otorgo, Sesé, por don García.

DON GARCÍA

¡Oh! Si vos lo tomáis por vuestra cuenta,
dad por zanjada ya nuestra rencilla.
¿Qué importa si el vasallo se acrecienta
con vuestro Real favor?... Si a mí me humilla,
es disfavor de madre y no me afrenta.

REINA

Mal lo entiendes, García: si al olvido
la falta quiero dar del caballero,
yo el perdón no lo otorgo, te le pido.
En ausencia del Rey que haya no quiero
bando ni enemistad bajo su trono;
si te faltó, su falta le perdona,
que don Pedro es leal y yo le abono.

DON GARCÍA

¿Lo oís? La Reina contra mí lo abona.
No hablemos de ello más.

REINA

¿Qué significan,
Príncipe, esas palabras? Me parece
que contra vos tan sólo testifican.

DON GARCÍA

Perdonad; basta ya, que no merece
la cuestión tanto tiempo.

REINA

Bien, García,
no se hable en ello más. Ahora sepamos
qué negocio a mi cuarto te traía.

DON GARCÍA

Poca cosa, señora...

DON PEDRO

Si estorbamos...

DON GARCÍA

No, lo podéis oír; es un servicio
que hacer voy a mi padre, pero siendo
en mengua de quien debe tal oficio
desempeñar, que lo sepáis pretendo
antes de hacerle.

REINA

Tu respeto aprecio.

Habla.

DON GARCÍA

Cuando mi padre fué a la guerra,
un caballo dejó de tanto precio,
que no se vió mejor en esta tierra.

REINA

Regalo fué del cordobés aliado.

DON GARCÍA

Pues bien; ese caballo tan hermoso,
y de mi padre el Rey tan estimado,
va a perderse tal vez; fiero, brioso,
siempre establado está, y de día en día

va menguando en valor.

DON PEDRO

¡Oh! Perdonadme;

ese hermoso caballo, don García...

DON GARCÍA

Estoy hablando, concludid dejadme.

Del Rey caballerizo, más en cuenta

le debisteis tener; mas tal descuido

quiero encubriros yo.

DON PEDRO

(Aparte.)

(¿Qué es lo que intenta?)

DON GARCÍA

Señora, ese caballo yo os le pido.

DON PEDRO

Señora, ese caballo a don García

es imposible dar. Si el Rey su padre

lo llegara a entender, se enojaría.

Cómo estima sabéis, cuánto cuidado

pone en caballos y armas un guerrero;

y en esto el rey don Sancho es extremado.

DON GARCÍA

Por la misma razón, buen caballero,

cuando sepa que tanto se lo cuida,

las gracias me dará; conque, señora,

que me neguéis no espero lo que os pido.

A nadie en ello expongo,

porque de gran jinete alcanzo nombre;

y aunque mi padre el Rey ha prohibido

que le montara nadie, yo supongo

que hablar con don García no ha querido.

DON PEDRO

Señora, es mi deber, y yo os lo advierto;
vedado es para todos tal antojo,
y el caballo está sano.

DON GARCÍA

Falso.

DON PEDRO

Cierto.

Perdonad que os desmienta.

DON GARCÍA

¡Tal arrojó!

¡Me desmentís! ¡Por Dios, Reina y señora,

que para que abonéis tanta insolencia,
no sé qué traza intentaréis ahora!

Porque poner os aun en contra mía,
querrá decir que vale un cortesano
mucho más para vos que don García;
y en tal caso, tal vez me acordaría
que heredero soy de un Soberano.

DON PEDRO

¡Príncipe!

REINA

Basta ya; cuestión tan leve
no merece ocuparnos. Del caballo
responderé yo al Rey; peligro no hallo
en que mientras el Príncipe le lleve.

DON PEDRO

Yo me someto humilde a vuestro fallo.

DON GARCÍA

Yo las gracias os doy; y pues ya es mío,
que me le ensillen sin tardanza alguna
voy a hacer en señal de señorío.
(Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V

La REINA y DON PEDRO SESÉ.

REINA

Despejad el ceño adusto
buen caballero Sesé.

DON PEDRO

No sé, señora, por qué
siento que le deis tal gusto.

REINA

El Rey a vos le ha pospuesto
para el gobierno en su ausencia,
y temí la violencia
de su natural en esto.

Y ¿qué importa que el corcel
monte, y que cumpla su antojo?
¿Teméis de Sancho el enojo?
Yo os disculparé con él.

DON PEDRO

No es ese temor pequeño
lo que me anubla el semblante;
el servidor más constante
fuí siempre del Rey mi dueño,
y él me sabrá disculpar.

Mas esa doblez y embozo
con que está obrando ese mozo,
me da mucho que pensar.

REINA

Es claro que anda ofendido
de que el Rey, en mengua suya
en su puesto os sustituya.

DON PEDRO

Pues razón habrá tenido;
que es don Sancho harto sagaz,
y en paz lo mismo que en guerra,
para gobernar su tierra
no hay príncipe más capaz.

REINA

Mas ¿qué hará con el caballo?
Todo lo que puede hacer,
es maltratarle, por ver
si os castiga el Rey. Dejallo,
don Pedro, andar, que por esto,
mientras por medio yo ande,
no ha de ser el mal muy grande
para vos.

DON PEDRO

Mas si es pretexto
para que él...

REINA

Quédese aquí,
Sesé.

ESCENA VI

Dichos y un PAJE.

DON PEDRO

¿Qué es?

PAJE

Señor, afuera

hay un hombre que hora espera
de ver a la Reina.

REINA

¿A mí?

PAJE

Diz que para un grave asunto
que vida y honra interesa,
y es negocio de tal priesa,
que pide veros al punto.

DON PEDRO

Y ¿de qué clase es ese hombre?

PAJE

Él viste de peregrino;
yo le pregunté su nombre,
y él me dió este pergamino.

(Se le entrega a DON PEDRO, y éste lee.)

REINA

A ver, leed.

DON PEDRO

Dice así:

«Nos el rey don Sancho de Navarra, rogamos y mandamos a nuestros amigos, aliados, súbditos y vasallos, que ayuden, amporen y protejan, y den crédito a la persona que este escrito de nuestra mano les presentare; con lo cual, a más del placer que habrán de reportarnos, nos ayudarán a cumplir una

deuda de honor que tenemos contraída con la persona o personas poseedoras de las presentes letras».

Y firma Sancho el mayor.

REINA

¿Deuda del Rey y de honor?

Al punto, pues, que entre aquí.

ESCENA VII

La REINA, DON PEDRO y DON RAMIRO, de peregrino.

DON RAMIRO

A vuestros pies...

REINA

Levantaos,

buen Romero, que quien trae

firma del Rey en su abono,

en postura semejante

no ha de estar ante su esposa.

DON RAMIRO

Esas palabras Reales,

de su mismo puño escritas,

mi importunidad reparen.

REINA

El habla en vos; alzád, pues.

DON RAMIRO

Primero que me levante,

vuestra Real mano, señora,

para que la bese dadme.

REINA

Tomad, y hablad.

DON RAMIRO

Gracias, Reina;
y esta humildad no os extrañe,
que nací vasallo vuestro,
y aunque jamás el semblante
logré hasta este punto veros,
de él he llevado una imagen
en el corazón grabada,
y ya nunca ha de borrarse.

REINA

De ese respeto agradezco
demostraciones tan grandes,
pero...

DON RAMIRO

Escuchadme, señora,
y vos también escuchadme,
caballero, que a la par
os toca a ambos mi mensaje.

DON PEDRO

Decidle, pues.

DON RAMIRO

Duro cargo
me impuse en él, y es probable
que el corazón generoso
mis palabras os desgaren;
mas el mal que voy a haceros,
por la intención disculpadme.
Tenéis un hijo, señora,
por cuyas venas, la sangre
de vuestras venas circula.

REINA

Tengo dos.

DON RAMIRO

Uno distante

de Navarra está; no es ése
de quien hablo; no es culpable.

Al príncipe don García
me refiero, cuyos planes,
hondo y fatal precipicio
hoy a vuestras plantas abren.

REINA

¿Qué es lo que dices?

DON RAMIRO

Oídme.

REINA

Explícate, pero antes
piensa bien que una impostura
la vida puede costarte.

DON PEDRO

Proseguid, buen peregrino;
dejad, señora, que hable.

DON RAMIRO

¡Oh! Sé muy bien lo que digo.
¡Pluguiera a Dios me engañase!
Yo, que en los vecinos montes
hago una vida salvaje,
entre sus quebradas peñas
y sus fieras montaraces,
por azar, por suerte vuestra,
ó por los impenetrables

juicios de Dios, vine astuto
de sus tramas infernales
a coger todos los hilos,
y vengo todos a dárosles
antes que os teja con ellos
traidora red un infame.

REINA

¡Oh! Concluid.

DON RAMIRO

Don García

conspira contra su padre.

REINA

¡Cielos!

DON RAMIRO

Y como su intento
ambos a dos le estorbabais,
dió en un delito más pérfido:
os acusó el miserable
de un feo crimen.

REINA y DON PEDRO

¿De cuál?

DON RAMIRO

Permitidme que lo calle.

REINA

No, hablad.

DON RAMIRO

Del que no perdona
jamás un esposo amante,
del que asesina la honra
de quien con vergüenza nace.

DON PEDRO

¡Dios mío! Ya me esperaba
que algún proyecto execrable
encerraba la sonrisa
y la mirada insultante
de ese mancebo.

REINA

Tú mientes.

Tamaño crimen no cabe
en el corazón de un hijo.
Que a ese vasallo acusase
de cualquier crimen, lo entiendo,
porque en su lugar, su padre
por gobernador conmigo
le dejó, y sé que ha de odiarle;
pero ¿a mí? ¡Mientes mil veces!

DON PEDRO

¡Ay, Reina! El estrago que hace
en el corazón del hombre
la ambición, sólo lo sabe
Dios, que nos le hizo de tierra
tan quebradiza y tan frágil.

REINA

Es imposible, don Pedro;
es increíble, improbable,
y este impostor dura muerte
merece. ¡Hola, guardias, pajes!

DON PEDRO

Tened, señora, tened
los ímpetus naturales

del corazón. Vos seguid,
Romero, sin que os agravie
ni atemoricen sus iras.

Es natural, es su madre.

DON RAMIRO

A mí sus iras no pueden
amedrentar ni agraviarme,
cuando no hay tales secretos
quién sepa ni quién relate
fuera del Príncipe y yo,
ni hay tal vez tampoco nadie
más pronto a morir por ella
cuando otras pruebas faltaren.

REINA

Pues bien; pruebas convincentes
presenta pronto, al instante,
ó te hago ahorcar de una almena
como a un impostor infame.

DON RAMIRO

No haréis tal, Reina y señora,
por dos razones.

REINA

¿Por cuáles?

DON RAMIRO

La primera, porque el Rey
tal vez no os lo perdonase
jamás.

DON PEDRO

¡Vive Dios!

DON RAMIRO

La otra
es, porque cuando yo os falte
faltará quien os defienda,
y os pesaría, aunque tarde.

REINA

Mas ¡por Dios!, que sin más pruebas
de delitos semejantes,
¿bajo qué crédito quieres
que tu palabra me baste?

DON RAMIRO

Basta y sobra el pergamino
que del rey don Sancho traje.

REINA

Tienes razón. ¡Cielo santo!
Él manda aquí, que te ampare,
que te proteja y dé crédito.

DON RAMIRO

Y su firma, ¿no es bastante?

REINA

Sí, sí; cuando el Rey te abona,
razones tendrá muy graves.

DON RAMIRO

Don García, ¿está en palacio?

DON PEDRO y

REINA

Sí.

DON RAMIRO

Pues ante vos llamadle
y decidle que el caballo
de batalla de su padre

habéis de matar primero,
que que le monte dejarle.

REINA

Romero, tú estás sin juicio.

DON PEDRO

Dejadle hablar.

DON RAMIRO

Por mi parte

cumplí mi deber, señora,
obrad como más gustareis;
mas si le dais el caballo,
tal vez esta misma tarde
veréis para vos trocadas
vuestras cámaras en cárceles.

REINA

¿Qué dices?

DON RAMIRO

Esa es la seña,
y pues sobran desleales
en todas las tierras, siempre
dispuestos a rebelarse,
el Príncipe se ha sabido
atraer por todas partes
muchos secuaces que esperan
medrar con sus novedades.
Todo está ya prevenido,
y si en el caballo sale,
fuerza es que en él suba Príncipe,
mas Rey de Navarra baje.

REINA

Imposible me parece.

DON PEDRO

Señora, por Dios, llamadle,
y procurad con palabras
meditadas y sagaces
leer lo cierto en su rostro,
el corazón penetrarle.

Todo es posible, señora,
y en los hombres todo cabe.

REINA

Sí, sí, que venga, que venga;
mas sola con él dejadme:
no quiero que alma viviente
presencie lo que aquí pase.

DON PEDRO

Pero si es cierto..., si intenta...

REINA

No: esperad a que yo os llame.

DON RAMIRO

Enhorabuena, señora,
mas no olvidéis, en tan grave
situación, que tengo sólo
de sus secretos la llave,
y que estoy pronto por vos
á verter toda mi sangre.

REINA

Y no olvides tú tampoco
que como inocente le halle,
en ti caerá la sentencia
del crimen que le imputaste.

DON RAMIRO

Ponedme de él frente a frente,
que acepto, si él lo negare.

REINA

Luego ¿os conoce?

DON RAMIRO

Una vez
no más me ha visto el semblante,
y oyó una vez mi palabra,
mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII

Dichos y el PAJE. DON PEDRO ha salido ya de la escena.

PAJE

El Príncipe.

REINA

Ya no es tiempo
que salgáis, va a veros.

DON RAMIRO

Fácil
es esto de remediar:
de sus ojos ocultadme.

REINA

Entrad aquí.

(Entra DON RAMIRO en la habitación de la REINA.)

DON RAMIRO

Sed prudente.

REINA

¡Justicia de Dios, ampárame!

ESCENA IX

La REINA y DON GARCÍA.

DON GARCÍA

¿Qué es lo que ocurre, señora,

que con tal prisa y afán

tras mí vuestros pajes van?

¿Qué pasa de nuevo ahora?

Un momento ha me tuvisteis

con vos en este lugar,

¿y ahora me tenéis que hablar?

¿Por qué entonces no lo hicisteis?

REINA

Porque entonces no sabía

lo que ha llegado después

á mis oídos.

DON GARCÍA

Y ¿qué es?

REINA

Lo sabrás.

DON GARCÍA

¡Por vida mía,

será otro cuento del viejo

Sesé! Vasallo más fiel

no tenéis; nada sin él

podéis, ni sin su consejo.

Sois con él harto benigna,

Y le otorgáis tal franqueza,
que a ser su privanza empieza
de una noble dama indigna.

REINA

¡García!

DON GARCÍA

No os irritéis,
madre; mas que haya un vasallo
que se meta en si un caballo
darme o no darme debéis,
y que pueda más con vos
que el hijo de vos nacido,
es cosa que me ha ofendido
y que me extraña, ¡por Dios!

REINA

Y ese insolente lenguaje
me está ya haciendo, García,
sospechar que no te hacía
quien te acusó grande ultraje.

DON GARCÍA

Quien me acusó...; pienso quién:

Sesé, sin duda...

REINA

Él, u otro.

DON GARCÍA

¿De haberos pedido el potro?

REINA

Pues.

DON GARCÍA

¿Lo quería él también?

Yo que vos, se le daría,
que entre él y yo, él es primero.

REINA

Diérasele al pregonero
antes que a vos, don García.

DON GARCÍA

Lo que con vos puede veo;
pero ya es mío, señora,
y a demandármele ahora
que no habrá quien ose creo.

REINA

(Con ironía.)

¿Le has elegido tal vez
por su nobleza y vigor,
para algún campo de honor
ó alguna lid de gran prez?

DON GARCÍA

No sé qué misterio encierra
vuestro tono, mas me temo
que estamos en el extremo
de la paz o de la guerra.

REINA

Eso depende de ti:
las frases que a salir van
de tu boca, esas serán
tu ley.

DON GARCÍA

Pues oidlas.

REINA

Di.

DON GARCÍA

Hombre soy ya, y soy tan hombre,
que decir bien alto puedo
que en Navarra ha puesto miedo
de mi valor el renombre.

De un reino heredero soy,
prenda de mi Real linaje,
y me cansa tanto ultraje
como recibiendo estoy.

Mi padre el Rey me desprecia,
de su sangre en desacato,
por un viejo mentecato
que de leal se le precia.

Y él, y vos, y todo el mundo
me faltáis al descubierto;
pero de hoy más, os lo advierto,
no quiero ser el segundo.

Me harta ya ver que el cariño
paternal, para mí escaso,
me desaira a cada paso
como mientras era niño.

Y pues el cielo lo ha hecho
y he nacido Real infante,
madre, de aquí en adelante
yo sostendré mi derecho.

Nadie ha de ir sobre mí
siendo yo el hijo del Rey,
así lo dice la ley,
y yo he de exigirlo así.

REINA

Pues mientras esté en mi mano
del rey don Sancho el poder,
vos tendréis que obedecer
mi capricho soberano.

DON GARCÍA

No os halague esa esperanza,
que no he de ser un pechero
que sirve de aventurero
á quien le compra su lanza.
No, ¡vive Dios! Ya a caballo
y empeñado el trance fiero,
veremos quién es primero,
veremos quién el vasallo.

REINA

¡Insensato! No tendrás
ni un corcel mientras yo viva
que en sus lomos te reciba,
y el de don Sancho, jamás.

DON GARCÍA

No tanto, por vuestra vida,
blasonéis de bríos, madre,
que sólo el Rey es mi padre,
y cuando cuentas os pida
del poder con que os dejó,
veremos qué cuentas dais.

REINA

Más cumplidas que esperáis
se las daré.

DON GARCÍA

Tal vez no.

REINA

¡Basta, traidor, basta ya,
que la verdad sin rebozo
en tus ímpetus de mozo
revelándoseme está!

DON GARCÍA

¡Señora!

REINA

¡Traidor, responde
sin turbarte ni mentir:
¿adónde intentas hoy ir
con ese caballo?

DON GARCÍA

¿Adónde?

Y ¿qué os importa?

REINA

Tu cara
palidece: el corazón,
García, te hace traición,
y por la faz te declara.

Silencio: bien manifiesta
tu infamia veo.

DON GARCÍA

Acabemos
de una vez.

REINA

Acabaremos
si tienes una respuesta.
¿Qué viste, villano, en mí,
para osar torpe a mi honor?

DON GARCÍA

¡Cielos!

REINA

¿Qué viste, traidor,
para mancillarme así?

DON GARCÍA

¡Rayos del cielo! No más
añadáis... ¡Oh! Me han vendido.
Mas si creen que he sucumbido,
se engañaron...; no, jamás.

Ya es tarde para ceder;
dijo bien quien tal os dijo,
sí, que a luchar madre é hijo
van, poder contra poder.

REINA

Miente quien diga que tú eres
de la sangre de mis venas
nacido, miente; las hienas
no nacen de las mujeres.
Rebelde y calumniador,
yo te ganaré la mano.

DON GARCÍA

Débil mujer, será en vano
todo ese inútil furor.
Ya hemos saltado la valla
ambos a dos, ya nos hemos
conocido, y no podemos
rehusarnos la batalla.
Veamos quién vencedor
sale de entrambos ahora.

(La REINA va hacia la puerta para llamar a su gente, diciendo:)

REINA

Veamos. ¡Hola!

(El PRÍNCIPE le ataja el paso, y corre el cerrojo a la puerta.)

DON GARCÍA

Señora,

teneos.

REINA

¡Cómo, traidor!

DON GARCÍA

Ya no hay más voz que la mía:

para vos, de este, momento

es prisión vuestro aposento.

¡El rey aquí es don García!

REINA

¡Miserable! ¿Presa yo?

DON GARCÍA

Presa por el rey, por mí.

REINA

¿Tú rey de Navarra?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

(Presentándose.)

¿Rey? ¡Bah! Todavía no.

ESCENA X

La REINA, DON GARCÍA y DON RAMIRO.

DON GARCÍA

¡Ira de Dios! ¡Aquí tú!

¡Todo lo comprendo ya!

Mas caro a costarte va
tu farsa de Belcebú.

DON RAMIRO

¿Qué hará en mí vuestro furor?

DON GARCÍA

Vélo, pues.

(Bajando hacia DON RAMIRO, y abandonando la puerta.)

DON RAMIRO

(Á la REINA.)

Abrid ahí.

REINA

(Abriendo.)

¡A mí, navarros, a mí!

Sujetad a ese traidor.

(Los caballeros sujetan a DON GARCÍA.)

ESCENA XI

La REINA, DON GARCÍA, DON PEDRO, DON RAMIRO, caballeros y pajes.

DON RAMIRO

Ya veis, la jugada es diestra;

vos a mi casa habéis ido

á quemarme, y yo he venido

á prenderos en la vuestra.

DON GARCÍA

Hombre fatal, cuya sombra

va por doquier que voy yo,
¿quién del fuego te libró?

DON RAMIRO

Concibo lo que os asombra
mi presencia, don García,
mas ya os dije mi poder.

DON GARCÍA

¡Ay si llegas a caer
en mis manos algún día!

DON RAMIRO

Vuestro coraje presumo;
mas ¿qué os valdrá ese furor?
De entre las manos, señor,
se va el diablo como el humo.
Humillaos; no hay más medio,
pues mientras yo ande en la danza
no tenéis otra esperanza,
ni hallaréis otro remedio.

DON GARCÍA

No creo en la omnipotencia
de que convencerme quieres;
mas sierpe astuta, ¿quién eres?

DON RAMIRO

Soy...

DON GARCÍA

¿Quién? ¿Quién?

DON RAMIRO

Vuestra conciencia,
vuestra sombra, vuestro juez,
mientras sigáis vuestro empeño;

pesadilla en vuestro sueño,
y vuestra muerte tal vez.
(Va a salir, y la REINA le detiene.)

REINA

Teneos: vos, por quien fué
hoy Navarra libertada,
decid, ¿á quién obligada
quedó? ¿Quién sois?

DON RAMIRO

No lo sé.

REINA

Mirad que en palacio entrado
os habéis bajo un disfraz,
y quien oculta la faz
no muestra ser muy honrado.

DON RAMIRO

Aun cuando fuera un bandido
quien tal beneficio os hace,
bien, señora, os satisface
quien salvaros ha sabido.
Si en vuestro palacio entrara
con el rostro descubierto,
al dintel le hubieran muerto
para que a vos no llegara.
Y en fin, recordaros quiero,
en favor de mi persona,
que pues don Sancho me abona,
soy sin duda un caballero.

REINA

Tenéis razón: é imagino

que en guardaros la tendréis;
mas si algo de mí queréis...

DON RAMIRO

Sí, volvedme el pergamino.

REINA

Tomadle.

DON RAMIRO

Y si en premio ahora
de mi lealtad le firmáis...

REINA

Sí, por cierto; ahí le lleváis.

DON RAMIRO

Dios os lo premie, señora.

REINA

Id en paz.

DON RAMIRO

Y si algún día
os halláis tan apretada
que os haga falta una espada,
acudid, Reina, a la mía.

Paso, caballeros.

REINA

Paso
al que en nombre del Rey va.

CORTESANOS

¡Le abona el Rey!

DON PEDRO

¿Quién será?

DON GARCÍA

¡Ay, Dios! Mi desdicha acaso.

ESCENA XII

Dichos, menos DON RAMIRO.

REINA

García, mientras envío
á don Sancho está noticia,
en poder de la justicia
quedaréis.

DON GARCÍA

Fué sino mío
sucumbir, y aunque lo lloro,
puesto que el vencido soy,
en sufrir sereno estoy
mi muerte, y a nadie imploro.
Mas no olvidéis, Reina, vos,
que reos aparecemos
entrambos, y aun no sabemos
quién triunfará de los dos.

REINA

Nada teme la inocencia.
(Ruido y tumulto dentro.)

Mas ¿qué rumor...

DON GARCÍA

(¡Si habrá acaso
mi gente arriesgado el paso
para salvar mi existencia!)

(Se ve venir por el fondo un CABALLERO armado. MELENDO, con gente armada.)

ESCENA XIII

La REINA, DON GARCÍA, DON PEDRO, pajes, guardias, un CABALLERO (MELENDO).

REINA

¿Quién tan sin miedo a la ley
atropella así el palacio?

CABALLERO

Señores, haced espacio
á la justicia del Rey.

(Á la REINA.)

Por don Sancho de Castilla,
de Navarra y de León,
daos, señora, a prisión.

REINA

¡Yo! ¡Por el Rey! ¡Tal mancilla!

CABALLERO

Reina, esta es mi obligación.

Don Pedro Sesé, sed preso
en nombre del Rey.

DON PEDRO

¡Yo!

CABALLERO

Vos.

Y en tanto que con más seso
se instruye vuestro proceso,
gobernador por los dos
 nombra el Rey a don García.

DON GARCÍA

¡Oh! Gracias, fortuna mía.

REINA

¡Yo en público mancillada
por el Rey! ¡Yo ante él culpada!...

Santo Dios!

DON GARCÍA

Ya os lo decía.

REINA

Aparta. Un Dios desde el cielo,
la verdad mirando está,
y a su tribunal apelo.

DON GARCÍA

(Á la REINA.)

Me pesa de vuestro duelo,
mas es harto tarde ya.

Lo que he intentado me aterra;
sé que nadie habrá en mi abono
y que mi suerte se encierra
entre siete pies de tierra
cavados al pie de un trono;

mas ya puesto ante su hondura,

á saltarla probaré,

¡si caigo..., en mi sepultura;

mas si salto con ventura...,

¡oh! sobre el trono caerá.

Melendo, esta misma sala

la señalo por prisión:

don Pedro Sesé a la torre,

(Á otro.)

vos seréis su guardador.

(Á otro.)

Vos al punto, con la gente
de mayor satisfacción,
buscadme por todas partes
á ese villano impostor
á quien la Reina aquí mismo
un pergamino firmó.

Id, corred por todas partes,
no haya en Pamplona rincón
en donde logre ese infame
salvarse de mi furor.

(Ruido dentro.)

Mas ¿qué ruido es ese?

ARJONA

(Dentro.)

Paso.

DON GARCÍA

Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV

Dichos y LUCAS DE ARJONA.

ARJONA

¡Señor, señor!

DON GARCÍA

¿Qué sucede?

¿Qué traes, Arjona?

ARJONA

Señor,

Luis Torras está ahí diciendo
que con el secreto dió
de vuestro huésped de anoche.

DON GARCÍA

Con quien Torras dar debió,
fué con él, ¡viven los cielos!

ARJONA

Mas trae en cambio, señor...

DON GARCÍA

¿Qué trae?

ARJONA

Trae a una mujer.

Hela aquí.

(Traen a GISBERGA custodiada.)

ESCENA XV

Dichos y GISBERGA.

DON GARCÍA

¡Dios vengador,
es ella! Su mujer.

GISBERGA

Sí,

yo soy.

DON GARCÍA

De ese vil traidor
me responde tu cabeza;
tú sabrás dónde está.

GISBERGA

No.

DON GARCÍA

¿Quién es ese hombre?

GISBERGA

Lo ignoro.

DON GARCÍA

¡Niegas!

GISBERGA

Sí.

DON GARCÍA

Pues ¡vive Dios!

pronto hará polvo el tormento

toda esa resolución.

Guardadla bien hasta entonces;

mas pasa el tiempo veloz

y es fuerza acabar cuanto antes.

Arjona: sin dilación,

que me ensillen el caballo

que el Rey mi padre dejó,

que quiero que vea el pueblo

quién es su gobernador,

y los vasallos del Rey

guarden al Rey sumisión.

REINA

Traidor, ¿qué vas a intentar?

DON GARCÍA

Eso no os atañe a vos,

señora. Llevadla.

REINA

¡Infame!

(Voces fuera.)

DON GARCÍA

¡Aun hay más!

ESCENA XVI

Dichos y un CABALLERIZO.

CABALLERIZO

¡Señor, perdón!

DON GARCÍA

¿Qué es?

CABALLERIZO

El caballo del Rey,

con el Real caparazón,

le ha robado en este instante

un etíope feroz

ayudado de otro hombre.

DON GARCÍA

¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!

CABALLERIZO

Matáronlos a estocadas.

DON GARCÍA

¡Ya lo entiendo! ¡Maldición!

Ese demonio es también

del caballo el robador.

Seguidle, y donde le halléis;

matadle sin compasión.

(Vanse algunos.)

Mientras él viva, seguro

ni aun en mi sepulcro estoy.

(Aparece en el fondo un REY DE ARMAS, con sus insignias.)

Mas ¿qué es esto? ¿Aquí un Rey de armas?

ESCENA XVII

Dichos y un REY DE ARMAS. Después, el REY DON SANCHO y MELENDO.

REY DE ARMAS

Paso: el Rey me sigue en pos.

TODOS

¡Cielos! ¡El Rey!

REY

Sí, señores;

el Rey en persona: yo.

Doña Nuña,

(Á la REINA.)

don García,

(Á éste.)

Sesé,

(Ídem.)

daos a prisión.

En sus cuatro torreones

tiene la torre mayor

de mi alcázar cuatro encierros.

Melendo, su guardia sois;

los tres, y esa otra, mujer,

cada cual a un torreón.

Ferrando, que mi Consejo

se junte al punto.

REINA y DON GARCÍA

¡Señor!

REY

¡Silencio! Llevadlos pronto:

vamos a ver ¡voto a Dios!

qué es; lo que pasa en mis reinos

cuando de ellos faltó yo.

(Los lleva. El REY se pasea con el mayor desasosiego.)

JORNADA III

En la torre del alcázar de DON SANCHO. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar a los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta a la derecha que se supone dar al caracol que da entrada a este salón. Una lámpara que pende del techo alumbró la escena.

ESCENA I

MELENDO cerrando la puerta del primer torreón de la derecha, prisión de la REINA.

MELENDO

¡Tamaña tenacidad!

Ó es muy grande su inocencia,

ó con osada impudencia

burlar al Rey quiere audaz.

En fin, cumplamos su ley,

pues ley es su voluntad.

Y ¡Dios mire con piedad

los arrebatos del Rey!

(Abre la puerta de la izquierda, por donde sale DON GARCÍA.)

ESCENA II

DON GARCÍA y MELENDO.

MELENDO

Salid, señor.

DON GARCÍA

¿Qué sucede,

Melendo?

MELENDO

Que libre estáis.

El Rey sus postreras órdenes

os quiere, Príncipe, dar,

y en su aposento aguardándoos

tras breve espacio estará.

DON GARCÍA

¿Y la Reina?

MELENDO

Todavía

en silencio pertinaz

se mantiene, y aun se niega

hasta con el Rey a hablar.

DON GARCÍA

Está bien.

MELENDO

¿Puedo, señor,

serviros en algo más?

DON GARCÍA

¿Dijo el Rey que con alguno

podiera comunicar?

MELENDO

Dijo que, hasta hablaros él,
podrían veros no más
los escuderos que os sirven,
si de ellos necesitáis.

DON GARCÍA

Traedme a Lucas de Arjona,
que con él me bastará.

MELENDO

Todo el día importunándome
anduvo ese hombre tenaz,
por entrar un punto a veros.

DON GARCÍA

Es criado muy leal;
id por él, que al aposento
del Rey me acompañará
dentro de breves momentos.

MELENDO

Que Dios os guarde.

DON GARCÍA

Id en paz.

ESCENA III

DON GARCÍA.

¡Oh! ¡La fortuna me ampara!
¡Crédito el mundo me da!
¡Libre estoy!... Mas ¡quién pudiera

¡ay de mí! volverse atrás!
¡Quién me diera, como una hoja
de un árbol seco, arrancar
este día de los tiempos
sin que volviera jamás!

ESCENA IV

DON GARCÍA y ARJONA.

ARJONA

Señor...

DON GARCÍA

Arjona, ¿qué traes?

ARJONA

Buenas nuevas. Todo se ha
cumplido a pedir de boca.
Pero, dejadme admirar,
señor, vuestra perspicacia
y vuestra serenidad.

Yo lo oía y lo dudaba,
y quien os viera explicar
de esta rebelión la historia
delante del tribunal,
¡vive Dios que la tuviera
por relación tan veraz,
tan clara, tan innegable...!

DON GARCÍA

Basta, Arjona, por piedad.
¡Ojalá que antes mi lengua

enmudeciera! ¡Ojalá
que un rayo me hiciera polvo
al concebir tal maldad!

ARJONA

¡Señor!... ¿Qué decís?

DON GARCÍA

Arjona,
mientras me hizo vacilar
el miedo y la incertidumbre,
y la ambición infernal
me sostuvo, a todo osé;
mas la negra soledad
de esa torre, en que he pasado
todo el día, a despertar
ha vuelto en mí la razón,
y holgárame, Arjona, asaz,
para salir de esta angustia
algún camino encontrar.

ARJONA

Ya estáis, señor, fuera de ella.
Yo presenté al tribunal
los testigos que citasteis,
y aunque con bastante afán
y hartos temores, porque alguno
quisiera volverse atrás,
juramos lo que vos mismo
les quisisteis declarar,
y probamos que aquí obrasteis
en virtud del poder Real
que os dió en secreto la Reina;

mas que su deslealtad
conociendo, al Rey y al reino
quisisteis de ella guardar.
Que sorprendiéndoos también
ella y Sesé vuestro plan,
en su antecámara misma
os iban a asesinar,
habiendo comprado el brazo
de un vigoroso gañán
con quien en secreto hablaron
antes de haceros llamar
á su presencia, en su cámara
para más seguridad
la misma Reina ocultándole;
todo lo que, si es verdad
que es una impostura grande,
nadie lo podrá negar,
porque todo el mundo vió
que estaba aquel Satanás
con el acero en la mano,
y con él pronto a lidiar
vos, señor, al mismo tiempo.

DON GARCÍA

Pero ¿y ese hombre?

ARJONA

Ya está
también, por mi buena industria,
colocado en buen lugar.

DON GARCÍA

¿Preso también?

ARJONA

Nada de eso,
nadie con ese hombre da;
mas como yo le he colgado
con ellos grande amistad,
y han dicho todos que él solo
robó el caballo, además
de matar al que servía
la caballeriza Real,
y con pase de la Reina
se salió de la ciudad,
está condenado, a habersele,
á la pena capital.

El Rey además, furioso
del silencio que en guardar
se obstinan Sesé y la Reina,
crédito mayor os da.

Y en fin, la Junta y los grandes
tan confundidos están,
y las leyes tan explícitas,
que nada que temer hay.

Ya veis que en todo parece
de parte nuestra el azar.

DON GARCÍA

Pero, Arjona...

ARJONA

¡Qué, señor!

DON GARCÍA

Aunque todo va derecho
á nuestro bien, de lo hecho

me da espanto, me da horror.

Es mi madre.

ARJONA

Pero...

DON GARCÍA

Di,

¿no habría mejor camino
por donde echar su destino?

ARJONA

Hay uno, mucho que sí.

DON GARCÍA

¿Cuál? ¿Cuál?

ARJONA

Que vos ante el Rey
declaréis vuestra impostura,
y cambiéis de sepultura
con la Reina.

DON GARCÍA

¿Esa es la ley,

Arjona?

ARJONA

No hay más remedio.
Si os habéis vos de salvar,
fuerza ha de ser derribar
á todo el que esté por medio.
La pena del acusado
cae en el acusador
si sale aquél vencedor;
conque moriréis quemado.

DON GARCÍA

Y tú, tú que tantas trazas
hallas siempre para todo,
¡me abandonas de este modo!
¡Callas!... ¡Oh, me despedazas
el alma, Arjona!

ARJONA

Señor,
me estáis confundiendo, y callo,
porque remedio no os hallo
si os falta vuestro valor.

DON GARCÍA

No son de pavor, Arjona,
los pesares que me oprimen,
es que veo que mi crimen
pesa más que la corona;
es que me espanta el castigo
que les impone mi encono,
y que me espanta ese trono
que con su sangre consigo.

Si huyéramos...

ARJONA

Imposible.

DON GARCÍA

Ausente el acusador...

ARJONA

Fuera el peligro mayor
para vos.

DON GARCÍA

Y ¿no es posible,
burlando la vigilancia

del Rey don Sancho, fugarnos
ambos a dos, y ampararnos
de Cataluña o de Francia?

ARJONA

Imposible: no hay camino
que por el Rey no se guarde,
don García, y ya es muy tarde
para torcer el destino.

DON GARCÍA

De ese modo...

ARJONA

Es lo mejor
que en el empeño sigáis,
hasta donde más podáis,
con inflexible valor.
Si vencéis, aun la esperanza
tenéis de calmar la ley,
su vida pidiendo al Rey:
todo quien vence lo alcanza.

DON GARCÍA

¡Ira de Dios! Seguiré.
El infierno es quien lo hace:
seguiré, pues que le place.

Vamos.

ARJONA

¿Dónde?

DON GARCÍA

Yo no sé.
El Rey me aguarda, a él me voy;
lo que exigirá no sé,

mas todo lo emprenderé
según sintiéndome estoy.
De mi maldad me amedrento,
y este afán, esta agonía,
no sé si es, ¡por vida mía!
furor o arrepentimiento.
La fortuna arrastro en pos
de mí, mas con tal afán,
que presumo que así irán
los réprobos ante Dios.
Sí, soplo infernal me anima
de espíritu tan perverso,
que abriría al universo
a mis plantas ancha sima.
Un vértigo, un torbellino
me arrebató en pos de sí.
Vamos, Arjona, de aquí,
y cúmplase su destino.

ESCENA V

Dichos y MELENDO.

MELENDO

El Rey aguarda, señor.

DON GARCÍA

Voy.

(Vanse DON GARCÍA y ARJONA.)

MELENDO

No sé qué de funesto

revela ese hombre en su gesto,
que el mirarle da pavor.
Algún horrible secreto
le acosa con saña fiera,
porque si él el justo fuera,
no anduviera tan inquieto.
Mas ella..., ¡pobre mujer!
En fin, por si la interesa,
este escrito voy apriesa
en sus manos a poner.
(Abre la torre en que está la REINA.)

ESCENA VI

La REINA y MELENDO.

REINA

¿Quién es?

MELENDO

Señora, yo.

REINA

Mi carcelero.

MELENDO

Pésame de ello...

REINA

Gracias, caballero;

cumplid vuestro deber. ¿Qué nuevo insulto
venís a hacerme?

MELENDO

Duéleme, señora,

que me tratéis así, cuando a ofrecer
venía mi favor desde esta hora...

REINA

¿Cómo?

MELENDO

Reina, escuchad: yo he presenciado
vuestro juicio, y he visto que os condenan
las pruebas.

REINA

Falsas son, falsas, Melendo.

MELENDO

Señora, así lo entiendo,
y a fe que me ha espantado ver a un hijo
acusando a su madre, y no comprendo
que, tan noble cual vos, una matrona
de su esposo manchara la corona.

REINA

¿Eso más?

MELENDO

Don García así lo dijo.

REINA

¡Villano!

MELENDO

Que a Sesé con torpe audacia
ofrecisteis el trono, y en secreto
conspirabais los dos con tal objeto;
que él os le sorprendió, y hecho a la parte
no hallando otro remedio,
el Rey tan lejos y él tan vigilado,
alzó otro bando con silencio y arte

para salvar el reino amenazado.
Y en fin, que vuestros muchos desafueros
y escandalosas tramas,
solamente a su Rey descubriría
y con testigos cien los probaría,
dispuesto estando a mantenerse en todo
y a mostrar sus servicios verdaderos
á voluntad del Rey de cualquier modo.
Le oyó en secreto el rey don Sancho; y luego
de larga conferencia,
salió iracundo y respirando fuego
para firmar no más vuestra sentencia.

REINA

¡Gran Dios!

MELENDON

Interpusieron pronto ruego
los grandes y prelados;
mas por él con dureza rechazados,
confirmaron sentencia tan extraña
midiendo sus razones por su saña.

REINA

¿Así la lealtad de tantos años,
el amor y la fe, don Sancho olvida,
crédito dando a pérfidos amaños?

MELENDON

Mas espera que vos...

REINA

Nunca, Melendo;
antes mil veces perderé la vida.

MELENDON

Mas si inocente sois, una palabra
decid que os justifique.

REINA

No la tengo,
Melendo; en vano lidia
la inocente virtud con la perfidia.
En el confuso dédalo enredado
de esas acusaciones impostoras,
mi lengua y mi razón se perdería,
y cayendo en un lazo preparado,
más criminal tal vez. parecería.

MELENDO

Mas ved que quiere oiros.

REINA

Es en vano,
nada tengo que hablar; pues leyes tiene,
que mi causa por ellas mida y vea,
ellas dirán lo que a su honor conviene:
y si él mal las emplea,
á Dios responda cuando tiempo sea.

Así se lo diréis. Soy inocente,
y justificación no necesito,
y si cree el universo en mi delito,
ante su Dios el universo miente.

MELENDO

Miente, sí, miente; mas importa mucho
que limpia ante él aparezcáis, señora,
y tal vez haya medio... Un hombre ahora
me lo juró también...

REINA

(¡Cielos, qué escucho!)

MELENDO

Y no osando en la torre darle entrada,
os escribió estas letras, y me dijo
que podríais por él ser libertada.

REINA

Dadme, dadme.

MELENDO

Leed.

REINA

(Leyendo.)

«Señora, si es imposible que nos veamos, no olvidéis que las leyes os permiten apelar al juicio de Dios, y no ha de faltar una lanza que se rompa en vuestra defensa, mientras aliente quien está pronto a morir por salvar el honor de la Reina de Navarra».

(Representando.)

¿Dónde está el hombre
que esta carta escribió?

MELENDO

Por un postigo
que al río da, con misteriosa seña
ha poco me llamó y habló conmigo;
mas si os inspira ese hombre confianza
y os importa el hablarle,
todo por vos lo arriesgo, iré a buscarlo,
y entrará, de las sombrás al abrigo,
hasta vuestra prisión.

REINA

¡Oh! Hacedlo, amigo,
que ese hombre es mi esperanza.

MELENDO

Pues fiaos de mí: traza oportuna
buscaré de traerle en el momento;
mas que vuelva a salir de este aposento
antes que empiece a despuntar la luna;
tal vez un centinela le vería
y todo de una vez se perdería.

REINA

Id, volad, caballero.

MELENDO

Un momento aguardad.

ESCENA VII

La REINA.

Y ¿en quién espero?
¿Cúya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?
¿Es tal vez un amigo verdadero,
ó es algún arrestado aventurero
que se promete así cobrar renombre?
Debajo de estas líneas mal trazadas
no puso firma, ni señal, ni nombre.
En fin, quien quier que sea,
pues me ofrece una lanza
que en la defensa de mi honor emplea,
es en la tierra mi única esperanza.
Y vos, Señor, que en la invisible altura
tras la cortina azul del limpio cielo
medís la intensidad de mi amargura,

no me dejéis morir en tanto duelo.
Solo del justo protección segura
sois; pues veis mi inocencia, a vos apelo;
atajad de los hombres la malicia,
y mostradles, Señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII

La REINA, DON RAMIRO y MELENDO.

DON RAMIRO

Sí, se la mostrará.

REINA

¡Vos!

(Reconociéndole a la luz de la lámpara.)

DON RAMIRO

Yo, señora;

que infatigable vuestro honor velando,
mostraré la justicia vengadora
del Dios inmenso que os está juzgando.

MELENDO

(Á RAMIRO.)

Tomad; temo que alguno nos sorprenda;
con ese saco tosco de soldado
mostraos por si acaso disfrazado,
y aquí que hacéis la centinela entienda.

DON RAMIRO

Gracias.

MELENDO

Mas breve sed, que el Rey en breve

á la torre venir acaso debe.

DON RAMIRO

Pocos momentos bastarán.

MELENDO

Yo guardo

el caracol estrecho...;

mas encajaos pronto ese tabardo,

y adiós.

DON RAMIRO

Prémieos él lo que habéis hecho.

ESCENA IX

La REINA y DON RAMIRO.

REINA

Caballero...

DON RAMIRO

(Interrumpiendo.)

Escuchadme; lo sé todo:

la diabólica astucia con que supo

don García volver por raro modo

contra vos lo que en él tan solo cupo;

sé de don Sancho y de la Junta el fallo,

y sé que me condena

a morir por ladrón de su caballo,

lo cual me trae a mí con poca pena;

sé que es justificaros imposible

en plazo corto, que harto enmarañado

el nudo veo de su trama horrible;

mas sé también que el término alargado
de la sentencia vuestra, yo en mi brío
y en mis razones vuestra causa fío.
Vos escribid al Rey; vuestra inocencia
protestad; como horrendo sacrificio,
apelad de su bárbara sentencia
al juicio del Señor, que es el buen juicio.
Yo retaré entretanto a don García
de vil calumniador, campo pidiendo
para luchar con él; esto en el día
lo permite la ley, y no pudiendo
negarlo a nadie, la victoria es mía.

REINA

Mucho fiáis; mas ignoráis, sin duda,
que es preciso probar...

DON RAMIRO

No os dé cuidado;
secreto talismán tengo en mi ayuda,
con el que todo me será allanado.

REINA

Vedlo todo despacio, y que no os ciegue
vuestro buen corazón; ese combate
con un Príncipe Real, tal vez se os niegue.

DON RAMIRO

¿Porque infante no soy? ¡Qué disparate!
Con sólo una palabra que a don Sancho
le diga yo al oído,
le tengo de dejar tan convencido,
que ha de abonarme y le vendrá muy ancho.

REINA

Mas ved que don García
es hoy el justador más afamado.

DON RAMIRO

Por lo que hace a su esfuerzo, es cuenta mía.

Con tigres y leones me he probado,
y no cedo a hombre alguno en osadía.

REINA

Mas si entretanto vos en red traidora
caéis, y el plazo tiene fin...

DON RAMIRO

Señora,

ya os he dicho que puede mi palabra
hacer temblar al Rey; pero primero
fuerza es que paso a su justicia me abra,
siendo de vuestro honor el caballero.

Si sucumbo, aun me queda la esperanza
de esta palabra oculta; mas si venzo,
con ayuda de Dios y de mi lanza,
de decirla a don Sancho me avergüenzo,
que él se avergonzaría al escucharla.

Si vengo, sin decirla, a la inocencia,
me vuelvo a desterrar de su presencia,
antes que en su presencia pronunciarla.

REINA

Ser tan incomprensible y misterioso
cuanto tenéis de bravo y generoso,
arcángel protector de mi existencia,
que por doquiera a la defensa mía
salís, entre la niebla más sombría
vuestra razón velando y vuestro nombre,

¿quién sois? ¿Qué recompensa
de mí esperáis?

DON RAMIRO

Ninguna; mas no hay hombre
que abrace con más fe vuestra defensa.
Ni leonés habrá ni habrá navarro
que dé por vos más pronto la existencia,
ni que por vos combate más bizarro,
más premio sin buscar que su conciencia.

REINA

Mas decidme a lo menos vuestro nombre,
vuestro linaje; sepa en quién espero.

DON RAMIRO

Sólo a vos le callará, y no os asombre;
si sin ira ni horror le pronunciarais,
valiera en vuestro labio el mundo entero.

REINA

¿Mánchale el crimen?

DON RAMIRO

No; pero le odiarais.

REINA

¿Con él a vuestro padre avergonzarais?

DON RAMIRO

No.

REINA

¿Sois, pues...

DON RAMIRO

Vuestro solo caballero,
el solo amigo que valeros puedo,
y que todo por vos ha de intentarlo

mientras un soplo de esperanza quede.
Mas oigo hablar...; aprisa... entrad, señora,
en el cubo otra vez: si me descubren,
que aquí no os hallen. Diligente ahora,
si os permiten con qué, al tremendo juicio
de Dios la apelación tened escrita
y confiad en él, que en este mundo,
sólo de Dios el justo necesita.
Silencio: entrad, entrad.

ESCENA X

DON RAMIRO. Después DON GARCÍA. DON RAMIRO corre el cerrojo de la puerta por donde entró la REINA.

DON RAMIRO

Cierro por fuera:

suben..., veamos lo que aquí me espera.

(Se cubre bien con el saco de soldado, aparentando estar de centinela.)

DON GARCÍA

(Dentro.)

Ya basta, ¡vive Dios! Me importa hablarla,

y orden traigo del Rey.

(En la escena.)

¡Tanta osadía,

y en defender la entrada tanto empeño

ese necio Melendo!

DON RAMIRO

(¡Oh! Don García.)

DON GARCÍA

¡Tal vez tiene razón! ¿Á qué su sueño

turbar? Tranquila acaso en su inocencia,
duerme sin miedo a la fatal sentencia,
mientras que yo ¡ay de mí! tiemblo y me agito
en continuo velar, y aquí en mi pecho,
de la conciencia el torcedor maldito
halla en mi corazón ámbito estrecho.
Sí, por doquier me espanta mi delito,
y en torno de mi mesa y de mi lecho
ronda, y ante mis ojos se presenta,
y ante mí marcha y ante mí se sienta.
Mas vencamos las necias aprensiones
del corazón cobarde...; es fuerza hablarla:
apartaos, quiméricas visiones;
este es el torreón...; voy a llamarla.

(DON GARCÍA va a poner mano al cerrojo que ha corrido DON RAMIRO. Éste, al verlo, avanza dos pasos hacia él. DON GARCÍA se detiene.)

Mas ¡cielos! ¿Quién está aquí?

DON RAMIRO

Un centinela, señor,
que juzga a inmenso favor
de Dios hallaros así.

DON GARCÍA

¿Qué quieres?

DON RAMIRO

Sólo un momento
que me oigáis...

DON GARCÍA

No es ocasión;
déjame.

DON RAMIRO

Noticias son
para vos de gran contento.
El que el caballo os robó...

DON GARCÍA

¿Cómo, qué? ¿Dónde está ese hombre?
¿Tú le conoces? ¿Su nombre
sabes? ¿Le han cogido?

DON RAMIRO

No;
pero de saber acabo
que os ha retado, señor,
como a vil calumniador,
y mirad que es hombre bravo.

DON GARCÍA

Yo a nadie temo.

DON RAMIRO

Aun hay más.
Ya sé que nadie os da miedo
en la lid, mas un enredo
pierde al mismo Satanás.

DON GARCÍA

Acaba, no me entretengas
con necias bachillerías.

DON RAMIRO

No son intenciones mías
perder el tiempo en arengas;
pero ya que os hallo aquí,
voy a haceros conocer
lo que os importa saber

para gobernaros.

DON GARCÍA

Di.

DON RAMIRO

El Rey, con una francesa
os trataba un matrimonio.

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Pues llevóle el demonio.

DON GARCÍA

¿Qué?

DON RAMIRO

Os robaron la Condesa.

DON GARCÍA

¿Qué diablos estás diciendo,
mentecato? Tú estás loco.

DON RAMIRO

Escuchad, que poco a poco
lo iréis, señor, entendiendo.

DON GARCÍA

¡Voto á...

DON RAMIRO

La Condesa huyó,
con un galán, de su casa;
su buen padre, hecho una brasa,
que les siguieran mandó
por doquiera... ¡Inútilmente!
No parece ni uno ni otro.
Pues bien; ese hombre..., el del potro,

ha escrito a vuestro pariente
el buen Conde de Bigorre,
diciendo que la robasteis
vos, y a todos la ocultasteis
guardándola en esa torre.

DON GARCÍA

Mas cuando ese hombre me achaca
el rapto de esa doncella,
¿qué espera de mí? ¿Qué de ella?
O ¿qué consecuencia saca?

DON RAMIRO

Una, señor, muy sencilla:
que a acusaros de raptor
envía un embajador,
el de Bigorre a Castilla.

DON GARCÍA

¿Y qué? Tan sandia impostura
desmentiré.

DON RAMIRO

Aunque lo hagáis,
la cosa no es tan segura
como vos lá imagináis.

DON GARCÍA

No te entiendo.

DON RAMIRO

El robador
de la doncella, el amante,
es también ese tunante...,
el del caballo, señor.

DON GARCÍA

Me confundes cada instante
más.

DON RAMIRO

Pues poco hay que entender:
¿no habéis preso a la mujer
que tenía ese bergante
en la quinta que con fuego
destruisteis para así
cogerle rehenes?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Pues bien; él os torció el juego.
Os dejó que la cogierais,
para obligaros después
á que, probando quién es,
de ella a Francia respondierais.

DON GARCÍA

Pero en mi poder estando...

DON RAMIRO

¡Quia! A ofenderla, ¡vive Dios!
dará Francia sobre vos,
por la venganza clamando.
De modo que con lo mismo
que os pensabais vos salvar,
os va ese hombre a colocar
á la boca de un abismo.

DON GARCÍA

Todo lo comprendo ya.

¿Conque ese hombre, esa quimera,

conmigo por dondequiera
para contrariarme va?

DON RAMIRO

Ya veis, dondequiera os reta.
Y aquí por calumniador,
y allá en Francia por raptor,
á su capricho os sujeta.

DON GARCÍA

Que venga, pues, ¡vive Dios!
Pues me hace tan cruda guerra,
no cabemos en la tierra
á un mismo tiempo los dos.

DON RAMIRO

No le llaméis, que, a mi ver,
si gritáis con tal vigor,
se os pudiera aparecer,
y estáis sin armas, señor.

DON GARCÍA

Que venga, nada me espanta;
pero el traidor no vendrá.

DON RAMIRO

(Descubriéndose.)

Sí, don García, aquí está;
brotó bajo vuestra planta.

DON GARCÍA

¡Gran Dios!

DON RAMIRO

Oid, don García.
Ya veis que os tengo en un caos;
aun es tiempo, retractaos,

porque la victoria es mía.

DON GARCÍA

¿Tuya? Sueñas; robador
de la hacienda de tu Rey,
te ha condenado la ley
declarándote traidor.

Ni aun siquiera te oirán,
que testigos infinitos
te probaron mil delitos
que a morir te llevarán.

DON RAMIRO

No os ciegue el furor, garcía;
mi causa está ya segura:
meditadlo con cordura,
que aun para ello os doy un día.

DON GARCÍA

No vivirás ni una hora.
¡Nuño, Melendo, traición,
acudid al torreón!
Veremos quién vence ahora.

(DON GARCÍA, desde la puerta que se supone dar al caracol, llama bajando un escalón, de modo que oculte medio cuerpo en el bastidor, volviendo la espalda a la escena. DON RAMIRO le empuja, cierra y corre el pasador.)

ESCENA XI

DON RAMIRO.

¡Tu furor me hace reír!
¿Piensas, necio, que al entrar

me he descuidado en mirar
por dónde debo salir?
¿Piensas en tu desvarío
que un navarro montañés
no saltará ochenta pies,
teniendo debajo el río?
¿No quieres que entre los dos
haya paz? Bien; haya guerra:
yo he cumplido con la tierra;
ahora que nos juzgue Dios.

(Se lanza por la ventana, y se oye el ruido de un cuerpo que cae al río, teniendo en cuenta el espacio de ochenta pies que tiene que recorrer en su caída. Pasado este efecto, la puerta se abre forzada, entrando por ella DON GARCÍA, MELENDO y soldados.)

ESCENA XII

DON GARCÍA, MELENDO, ARJONA y soldados.

DON GARCÍA

Aquí, aquí está ese traidor;
el que el caballo ha robado,
el que a la Reina ha ayudado.

MELENDO y

ARJONA

Aquí no hay nadie, señor.

DON GARCÍA

¡Dios! En esos torreones...

MELENDO

(Viéndolos todos.)

Y ¿cómo entrarles pudiera,

sí tienen todos por fuera
corridos los aldabones?

DON GARCÍA

Esa ventana...

ARJONA

Señor,

imposible por ahí es
un salto de ochenta pies.

DON GARCÍA

¿Qué es esto? ¡Dios vengador!

MELENDO

(Asomándose por la ventana.)

(¡Qué arrojó!)

DON GARCÍA

(Espantado.)

Si estaba aquí,
aquí mismo, en mi presencia.

TODOS

¿Quién, señor, quién?

DON GARCÍA

Mi conciencia.

Sosténme, Arjona. ¡Ay de mí!

(DON GARCÍA desfallece como presa de un vértigo en los brazos de ARJONA.)

JORNADA IV

Interior del centro de una tienda de campaña que ocupa todo el escenario a lo ancho, y que llena a lo largo una sola caja. Esta tienda, que figura ser la del

caballero mantenedor de un reto, y levantada en un costado de un palenque, está cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan completamente todo el fondo del escenario y colocados de modo que puedan manifestar, descorriéndose a su tiempo, todo el palenque que tiene detrás. Como esta tienda figura componerse de tres partes o habitaciones, las personas salen y entran por derecha é izquierda.

ESCENA I

El REY y MELENDO.

MELENDO

Calmaos, señor.

REY

Melendo,

inútilmente procuras

poner a mi enojo diques

y aplacarme con disculpas.

Ya los vistes cuán tenaces

en su silencio, ni excusas

quisieron dar de los crímenes

que a los dos se les imputan;

ni aun responder se dignaron

de su juez a las preguntas:

y, ¡vive Dios, que ésta ha sido

la mayor de sus injurias!

Melendo, trae a don Pedro,

hagamos la prueba última.

(Vase MELENDO.)

ESCENA II

El REY.

¡Oh, ésta es de sueño funesto
pesadilla que me abruma,
es un vértigo, un delirio
de abrasada calentura!

Estoy la verdad tocando,
y el alma incrédula lucha
con la realidad, sin fuerzas
para comprenderla nunca.

El tan leal otro tiempo
y ella tan noble y tan pura...;
pero ¿qué dudo? ¡Insensato!

¡El Príncipe les acusa
de adúlteros y rebeldes,
y el Príncipe es sangre suya,
y para atreverse a tanto
grandes razones le escudan!

¡Oh! ¡Juro a Dios que si insisten
en su silencio, mi furia
todo el rigor de las leyes
les hará pronto que sufran!

ESCENA III

El REY, DON PEDRO y MELENDO.

MELENDO

Aquí está.

REY

Dejadnos solos,

Melendo. ¡El cielo me acuda!

(Vase MELENDO.)

ESCENA IV

El REY y DON PEDRO SESÉ.

REY

Sesé, lee ese pergamino;
en él están todas juntas
las graves acusaciones
que a ti y a la Reina imputan.
Los testigos que lo afirman
y el Príncipe que os denuncia,
las han sellado y firmado.
Ahora, si disculpa alguna
tienes, dámela; de no,
con madurez y medida
lo ha pesado de mis nobles
y mis prelados la Junta,
y os sentencia como infames
á sufrir la pena última.

DON PEDRO

Señor, no habrá en vuestros reinos
quien con más valor la sufra;
pero iremos al martirio,
don Sancho, no a pena justa.

REY

Pues bien, explícate, Pedro,
líbrame ya de esta angustia:

solos estamos aquí,
solos; nadie nos escucha:
por cuanto encierran sagrado
cielos y tierra, si oculta
hay en tu pecho una causa,
una razón, una excusa
que os justifique a mis ojos,
por compasión, Sesé, búscala.

DON PEDRO

Señor, desde que mis hombros
pudieron con la armadura,
hasta que el peso del casco
me encalveció, la vez única
es ésta en que habéis tenido
en mi fe y en mi honra duda.
Amigo me habéis llamado,
señor, desde vuestra cuna;
como amigo os he servido
en vuestras varias fortunas.
He cuidado vuestra casa,
os he velado en la obscura
soledad del campamento,
y en las lides más sañudas
he puesto el pecho mil veces
ante las lanzas morunas
para defender el vuestro:
y ha cincuenta años, en suma,
que las gotas de mi sangre
se derraman una a una
por vuestro honor y grandeza,

por vuestra prez y ventura.
Jamás intenté venderos,
ni os han extraviado nunca
mis consejos del camino
de la virtud; y ahora juntas
¿creéis que al fin de una vida
que tal lealtad ilustra,
pude hacer tantas infamias,
reo ser de tantas culpas?

REY

¡Oh, sí, sí! Cuando recuerdo
los fuertes lazos que anudan
nuestra amistad, la limpieza
de tu honor, que no deslustra,
ninguna mancha bastarda;
cuando oigo la voz robusta
con que en tu favor me grita
mi corazón, se me anublan,
Pedro, los ojos en lágrimas,
y mi conciencia se turba
al ver que os condenan pruebas
que tú ni nadie recusa.

Ante vuestro tribunal
tuvisteis las lenguas mudas.

¿Por qué ¡vive Dios! por qué,
si la inocencia os escuda,
no os defendéis de las leyes
que os abren infame tumba?

DON PEDRO

Don Sancho, mil y mil veces

os lo dije en oportunas
ocasiones; vuestras leyes
son incompletas y absurdas:
con ellas el inocente
sucumbe, el malvado triunfa,
y los más atroces crímenes
á su sombra se consuman.
Acusa un vil a un sencillo,
y con infernal astucia
destruye todas las pruebas
que han de obrar en contra suya.
Sus delitos le atribuye,
como vuestro hijo, lo jura;
los jueces vense indecisos,
y él, para borrar su duda,
se ve joven y alentado,
ve que aquel a quien acusa
es viejo, o mujer, o débil,
y con audacia segura
dice: «Aquí estoy con mi lanza
pronto a sostener mi injuria».
La ley lo consiente, y siempre
vence la fuerza y la astucia.
Y ¡vive Dios, rey don Sancho,
que a ser, cual era, robusta
mi mano, yo con el Príncipe,
empeñaría la lucha!
Mas ¡ay, el cielo a los débiles
contra los fuertes no ayuda!

REY

Mas esa es la ley que rige,
y ésa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
pues ante ella te denuncian.

DON PEDRO

Rey don Sancho, si en vuestra alma
no está escrita mi disculpa;
si con vos no me defiende
vuestra convicción, que acuda
el verdugo; este es mi cuello;
ni yo sé dar más excusa,
ni a saberla la daría:
sabéis mi honor y mi alcurnia.

REY

Mas esas pruebas...

DON PEDRO

Son falsas
apariencias.

REY

Pero abundan
los testigos.

DON PEDRO

Son comprados.

REY

Te han hallado veces muchas
en el cuarto de la Reina
en altas horas nocturnas.

DON PEDRO

Velado he por vuestros reinos
con ella, y las damas suyas

no faltaron de su cámara
jamás.

REY

Hoy mismo, disputa
escandalosa mantuvo
contra el Príncipe, en su pública
antesala, en favor tuyo.

DON PEDRO

Era su causa la injusta,
y yo cumplía las órdenes
de mi Rey.

REY

Con maña astuta
te sorprendió tus secretos.

DON PEDRO

Y yo sus tramas oscuras:
supe que vuestro caballo
era la señal oculta
de una rebelión.

REY

Dispuesta
para sofocar la tuya,
para guardar de vosotros
mi corona.

DON PEDRO

¡Virgen pura!

A partir, para obligaros,
vuestra dignidad augusta,
para obligaros en él
á hacer su total renuncia.

REY

De eso os acusa a vosotros,
que viendo que su bravura
os malograba el proyecto,
hicisteis por mano oculta
robar mi mismo caballo,
que era su señal última.

DON PEDRO

Ved lo que decís, don Sancho,
que el robo no fué obra suya
ni nuestra, fué de un tercero
enviado vuestro.

REY

¡Impostura
semejante! ¿Enviado mío?

DON PEDRO

No puede en eso haber duda:
trajo vuestra firma y sello.

REY

¡Mientes, traidor!

DON PEDRO

Vuestra injusta
intención veo, don Sancho,
manifiesta.

REY

Y yo la tuya,
pues de tus mismos delitos
aun a mí propio me culpas.

DON PEDRO

¿Negáis vuestra firma y sello?

Basta, señor, que se ofusca
vuestra razón, y olvidando
vuestro decoro, me insulta
vuestro labio; y si creéislo
como el labio lo pronuncia,
sois fiscal que me acrimina,
no juez que recto me juzga.
Vuestro hijo os codició el reino
con ambiciosa locura,
y yo el reino os defendía
con voluntad absoluta.

Si a mí sus faltas me cargan
y mi lealtad me usurpan,
y escucháis vos las palabras
de los que así me calumnian,
yo os juro, Rey, por el Dios
que se sienta en las alturas,
que me sirven de vergüenza
las heridas que me cruzan
el pecho, que por ti expuse
con lealtad bien estúpida.

REY

Con esas mismas palabras
protesta quien os acusa.

DON PEDRO

Pues miente como un villano.

REY

Es mi sangre.

DON PEDRO

La que nunca

mereció ver en pro suyo
mi espada leal desnuda.

REY

¡Traidor!

DON PEDRO

El no haberlo sido
es el pesar que me abrumba
hoy, que hacia mí, sin razón,
vuestra voluntad se muda.

REY

¿Sin razón? ¡Viven los cielos!
Y ¿en cuál tu inocencia fundas,
si a nada me has respondido,
ni hay un testigo que arguya
en tu favor, cuando en contra
testimonios se acumulan?

DON PEDRO

Entonces, ¿en qué se para
vuestra majestad sañuda?
Pues que os estorbo en la tierra,
abridme la sepultura.

De mí para deshaceros
no os andéis buscando arbitrios,
decid: Me importa que muera,
y haced que la ley se cumpla.

REY

Basta, que esa pertinacia
con que mi poder insultas
y mi venganza provocas,
mi clemencia sobrepuja.

Veo la diestra falacia
con que evitas mis preguntas
y las cuestiones complicas
con falsedades absurdas;
veo que me niegas todas
mis reconvenciones justas,
esquivándote de todas
por no resolver ninguna.

Y en ese afán despechado
con que mi coraje azuzas,
veo que, al verte perdido,
la muerte con ansia buscas.

DON PEDRO

Sí, rey don Sancho, la busco,
que a mi dolor más se ajusta,
que tu ingratitud odiosa,
la más deshonrada tumba.

REY

Y la tendrás.

DON PEDRO

Pronto sea;
su obscuridad no me asusta,
que es pabellón de reposo
[...] na conciencia pura.

(Sale MELENDO.)

¡Hola! Volvedle a su encierro.

(MELENDO cierra.)

REY

Pues defenderse rehusan,
que el cielo se lo demande

y sus destinos se cumplan.

ESCENA V

El REY. Luego DON GARCÍA.

REY

Pero ¡qué altivo tesón!
¡Oh, de ese viejo el acento,
para agravar mi tormento
renueva mi confusión!
¡Gran Dios, si fuera posible...

Pero no; ¿cómo podría
caber en mi hijo García
pensamiento tan horrible?
Así mi pena inclemente
á tanto extremo ha llegado,
que temo hallarle culpado
y temo hallarle inocente.

DON GARCÍA

¡Estabais aquí, señor!

REY

García, ¿tal vez la hora
llegó ya?

DON GARCÍA

Pronto la aurora
va a alumbrar nuestro dolor.

REY

También como yo padece.
¡Infeliz!

DON GARCÍA

Sí, padre, mucho;
y esta pena con que lucho,
por horas é instantes crece...

REY

¡Hijo!

DON GARCÍA

De mí no soy dueño;
y en mi ardiente frenesí...
ya no encuentro para mí
ni tranquilidad ni sueño.

REY

Y ¿por qué? ¿Porque leal
á mi defensa acudiste,
y el esplendor defendiste
de mi corona Real?
¿Porque, afrontando el encono
de altivos conspiradores,
entregaste a los traidores
que profanaron mi trono?

DON GARCÍA

¡Oh, callad!

REY

Tu corazón
con mis palabras aflijo.

DON GARCÍA

Sí, sí.

REY

El vasallo y el hijo
cumplieron su obligación.

Ahora ya no hay qué esperar
sino morir.

DON GARCÍA

(Suerte impía.)

REY

¡Y era tu madre! García,
ven, ven conmigo a llorar;
llora su infelice suerte,
ya que el destino cruento
te escogió por instrumento
de su castigo y su muerte.
Llora, y luego a sostener
nuestra justicia te apresta,
para cumplir lo que resta
de tu penoso deber.

DON GARCÍA

¡Mi madre!

REY

¡Cuánta ternura!

DON GARCÍA

¿No hallará clemencia en vos?

REY

¡Clemencia! Téngala Dios
de mi negra desventura.
Contra su torpe malicia,
como esposo y como rey,
fié al brazo de la ley
su crimen y mi justicia.
Y yo su tremendo fallo
respetaré, porque así

la ley se respete en mí
como en su primer vasallo.
Mas si no puedo estorbar
su riguroso suplicio,
y este horrible sacrificio
es ya fuerza consumir,
no vea yo en ti, hijo mío,
ese afán que no te deja,
ese dolor que te aqueja
desesperado y sombrío.

DON GARCÍA

¡Ah! Consideradlo vos;
y si ver mi alma pudierais,
yo sé que os estremecierais.

REY

Pon tu confianza en Dios.
Deber fué en ti, no malicia,
y hoy, para mejor probanza,
aquí sostendrá tu lanza
tu inocencia y mi justicia.

DON GARCÍA

(Si eterno este dolor es,
ya no hay para mí existencia.)

REY

(Acercándose a la cortina de la tienda.)

¡De día ya!

DON GARCÍA

(Mi conciencia
me va arrastrando a sus pies.)

Señor...

REY

Mira, ya veloz
el alba a rayar comienza.

DON GARCÍA

(De temor y de vergüenza,
ni doy aliento a mi voz.)

REY

Adiós; voy a disponer
que la ceremonia empiece.

DON GARCÍA

Oídme...

REY

¿Qué te estremece?
Cumplamos nuestro deber.
(Vase.)

ESCENA VI

DON GARCÍA.

¿Qué iba yo a hacer? A revelar mi infamia;
pero ¿qué revelar pudiera yo
á quien vive en la fe de que aun abriga
un soplo de virtud mi corazón?
¡Hijo me llama el infeliz llorando,
hijo que reino y honra le salvó!...
¿Cómo decirle al miserable viejo:
Padre, yo soy un vil calumniador?
No; me arrastra inflexible mi destino
por la senda del mal, y a rastra voy,

cual zarza estéril que arrebató el viento,
á caer en la eterna perdición.
Pero llegan: ¿quién va?

ESCENA VII

DON GARCÍA y ARJONA.

DON GARCÍA

(Al verle.)

¡Tan presto, Arjona!

ARJONA

Ya comienza del alba el resplandor,
y ya el pueblo las gradas del palenque
á ocupar turbulento comenzó.

DON GARCÍA

¡Maldito quien me trajo hasta este trance,
maldita, sí, mi estúpida ambición!

ARJONA

Ya no es hora, señor, de meditarlo,
el día va a rayar.

DON GARCÍA

Déjame, Arjona;
siento que mi osadía me abandona.

ARJONA

Señor...

DON GARCÍA

Vacilo, sí; no sé ocultarlo.
Aquel hombre fatal..., ¡él era, él era!

ARJONA

Sombra de la turbada fantasía.

DON GARCÍA

No, Arjona, realidad.

ARJONA

¿Cómo pudiera...

DON GARCÍA

Todo ese hombre lo puede en contra mía.

Quien del fuego voraz le puso fuera,
de las aguas también lo sacaría.

ARJONA

¡Del fuego os acordáis! Pues ¿no os dije?

De su quinta una cava, hasta la ermita
por senda subterránea dirige:

Torras la halló, y entrándose por ella,
fué como dió con la mujer.

DON GARCÍA

¡Maldita

mi imprevisión! En una y otra cita,
allí acechóme su infernal destreza.

ARJONA

Mas le cuesta el acecho la cabeza.

DON GARCÍA

Del secreto poder que le acompaña,
todo lo temo, Arjona; en todas partes
mis pasos sigue su presencia extraña
sin que le estorben puertas ni baluartes.

Todo le es familiar, todo lo encuentra
fácil en contra mía; favorece
todo su fuga: en el alcázar entra
tras de mí en las prisiones..., y parece

que, sombra de mí mismo desprendida,
los instantes me cuenta de la vida;
y si un soplo de calma me adormece,
brota, dice aquí estoy, y en la tendida
cavidad del espacio desaparece.

ARJONA

Superstición del corazón medroso,
don García: aunque impávido y astuto,
es un hombre no más, y de hombre a hombre...

DON GARCÍA

No me vieras ¡por Dios! irresoluto
para emprender la lid, si solamente
de lidiar se tratara frente a frente.

ARJONA

Mas ¿qué de él teméis ya? Del Rey vasallo,
notorio siendo que robó el caballo,
y estando pregonada su cabeza,
no se presentará.

DON GARCÍA

¡Ven, insensato!

Si ningún defensor no se presenta,
¿no ves, imbécil, que a mi madre mato?
Y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.

ARJONA

Aun la podéis salvar: si nadie acude,
sois dueño de su vida: suplicante
á don Sancho acudid, ante ella misma...

DON GARCÍA

(Horrorizado.)

¿Yo? ¿Yo me he de poner de ella delante

otra vez? No, jamás...: piensas en vano:
primero que sufrir tal agonía,
los ojos, Lucas, con mi propia mano,
y el corazón, feroz me arrancaría.

ARJONA

Pues aun es tiempo..., desistid cobarde,
desmentíos; mas ved que en esa hoguera
que del verdugo ante las plantas arde,
el uno de los dos fuerza es que muera.

DON GARCÍA

¡Sella, asesino vil, sella esa boca,
porque tu pecho miserable abriga
sangre de hiena y corazón de roca!

ARJONA

Señor, tan sólo vuestro bien me obliga,
porque con vos me salvo o con vos muero;
mas perdonad, señor, que tal os diga:
ceder ahora, es decir al mundo entero
que ni valiente sois, ni caballero.

DON GARCÍA

¡Ah!...

ARJONA

Se dirá de vos con mengua y saña,
«Nada en tal hombre por entero cupo:
ni crimen ni virtud fué en él hazaña,
ni aun ser infame, sino a medias, supo...»
¡Gran memoria de un Príncipe de España!

DON GARCÍA

Pues bien; si no me cumple esa memoria,
si al crimen nada más caminar puedo,

tal borrón dejaré sobre mi historia,
que a la futura edad imponga miedo.

(Tumulto fuera.)

¿Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado,
del horrible espectáculo sediento:
voy ¡vive Dios! a dárselo colmado;
nunca le vió más bárbaro y sangriento.

(Suenan las trompetas.)

¡Ah, pronto la señal!

ARJONA

(Asomándose a la tienda.)

El sol asoma.

DON GARCÍA

(Poseído de un vértigo.)

¡Oh infierno, regocíjate! ¡Como ésta
no han preparado tus furores fiesta
ni en los circos idólatras de Roma!

(Trompetas.)

(VOCES fuera.)

VOCES

¡Pregón, pregón! ¡Silencio!

ARJONA

Los heraldos
ya el combate pregonan.

DON GARCÍA

¡Esto es hecho!

Cada cual ante Dios con su derecho.

HERALDO

(Dentro.)

«Oid, oid, oid. Vasallos de don Sancho, Rey de Navarra, de Aragón y de

Castilla. El buen caballero don García, Príncipe de estos reinos, ha aceptado el combate a que, en uso del derecho que las leyes les conceden, han apelado la reina doña Nuña y don Pedro de Sesé, acusados de criminal inteligencia y descubierta rebelión. Y siendo entrambos crímenes de lesa majestad, las leyes les condenan a la pena del fuego, si al transponer el sol la línea del horizonte no se presenta caballero alguno que quiera mantener su causa. Si esto aconteciere, y el acusador saliere vencido, sufrirá la misma pena en lugar de los acusados, como la ley lo dispone; si saliere vencedor, serán quemados en este mismo palenque los acusados, con él cuerpo del caballero su defensor, que dando desde luego condenados a la pena capital todos los que resultaren cómplices de su traición. El Rey ofrece asimismo doscientos marcos de oro a cualquier vasallo suyo que asegure la persona del traidor que extrajo de las Reales Caballerizas su mejor caballo de batalla, asesinando para ello a su guardia y palafreneros. Esta es la justicia del Rey. Vasallos del Rey, acatad la justicia del Rey. ¡Viva don Sancho, Rey de Navarra!»

PUEBLO

¡Viva!

DON GARCÍA

¡Qué agonía, gran Dios! Cíñeme, Arjona,
esa fatal espada,

y que quede a favor de esta celada
encubierta a mi pueblo mi persona.

(Se cala la visera.)

¡Oh! Estoy seguro que en mi horrible gesto
se ve mi odioso crimen manifiesto.

(VOCES DEL PUEBLO.)

UNA

¡Allí están! ¡Allí están!

OTRA

¡Ya traen a los acusados!

OTRA

¡Quién tal pensara de tan buen caballero como don Pedro!

OTRA

Por eso mismo es más grande su delito.

OTRA

Bien dicho. El Rey les había colmado de beneficios.

OTRA

Y lo vendían, mientras él conquistaba a los moros
nuevos señoríos.

OTRA

Son unos infames; les van a atar a los postes de hierro
como a los villanos.

OTRAS

¡Bien, bien!

OTRAS

¡Viva la justicia del Rey!

TODOS

¡Viva!

(Tumulto.)

VOCES

¡Silencio! ¡Silencio!

OTRAS

Ya bajan los jueces del campo.

OTRAS

¡Silencio! Escuchad.

(Uno de los jueces del campo.)

JUEZ DEL CAMPO

«Vasallos del Rey, oid. La hora del juicio ha llegado ya. La liza queda abierta desde este punto; y si al pasar el sol la línea del horizonte no anuncian los clarines un defensor, el verdugo cumplirá con su deber».

(Muchas VOCES.)

VOCES

¡Bien, bien!

(Aplausos, ruido, etc.)

DON GARCÍA

¡Ea! Ha llegado la tremenda hora.
Siento que Dios del corazón me arranca
el germen de su fe consoladora,
y en las venas la sangre se me estanca.
¡Sí, sí; de esta diabólica contienda
viene todo el infierno a ser testigo!
Vértigo..., sed de crimen me devora.
¡Ea, corre los lienzos de esa tienda,
y el infierno desde hoy sea conmigo!

(ARJONA manda a los pajes con una seña que abran la tienda. Éstos corren a un tiempo la cortina partida en dos que cierra su fondo y que cubre el teatro, y aparece un vasto palenque, cuyos andamios están llenos de gente del pueblo. En el fondo de este palenque se ve un altar; delante de él, el verdugo, que, con una tea encendida está pronto a encender la leña hacinada alrededor de la REINA y de DON PEDRO, que estarán atados a dos postes de hierro y uno a cada lado del altar. Por sobre los andamios se cierra el horizonte con pintorescas montañas. El sol acaba de salir por encima de unos cerros desiguales, y derramando sobre la escena la rosada luz de la mañana.)

DON PEDRO

Señora, ¿no tenéis otra esperanza?
¡Oh! Si mi brazo fuerte todavía
estuviera...

REINA

El de Dios a todo alcanza.

DON PEDRO

Creo que Dios también nos abandona.

REINA

Sólo él puede apreciar nuestra agonía;
que inútiles con él dolo y falsía,
lo que castiga ve y lo que perdona.

DON PEDRO

No tengo esa virtud; soplo mundano
me anima aún el corazón terreno,
y voy la hiel de que le siento lleno
sobre ellos a verter.

(Al PUEBLO.)

Pueblo villano,
Rey infame..., escuchad.

(VOZ DEL PUEBLO.)

VOZ

¿Qué es lo que dice?

OTRA

Dejadle hablar.

OTRAS

¡Silencio!

(El PUEBLO calla después de largo chicheo.)

OTRAS

Oid.

DON PEDRO

Rey fiero,
sin fe ni ley: el Dios a que apelamos,
que indefensos morir nos deja infiero;
mas ante él de tus leyes protestamos.
Ella inocente, y yo buen caballero,
al tribunal de Jesucristo vamos,
y al inmolar me con tal vil castigo,
Rey, Príncipe, villanos..., yo os maldigo.

(DON GARCÍA se tapa la cara con las manos, exhalando un «¡ay!»
desesperado.)

DON GARCÍA

¡Ay!

(VOCES DEL PUEBLO.)

VOCES

¡Nos insulta! ¡Muera!

OTRAS

¡Muera!

OTRAS

¡Muera!

(La REINA demuestra voluntad de hablar.)

VOZ

La Reina quiere hablar.

VOCES

¡Mueran!

OTRAS

Oidla.

OTRAS

Silencio. Oid. Callad.

(Otro largo chicheo. El PUEBLO calla.)

REINA

Sin culpa muero;

mas aunque Dios por causa soberana,

que indefensos morir nos deja infiero,

yo como Reina moriré, y cristiana.

Sí; yo inocente, y él buen caballero,

seremos ante Dios esta mañana;

mas aunque me inmoláis, no os guardo encono.

Hijo, esposo, vasallos..., yo os perdono.

PUEBLO

¡Bien, bien!

DON GARCÍA

¡No puedo más!...

(DON GARCÍA pone mano a la daga. ARJONA le detiene.)

ARJONA

Señor, teneos.

¿Qué queréis intentar?

DON GARCÍA

Morir, Arjona.

Déjame.

ARJONA

No.

VOCES

¡La hora se pasa!

OTRAS

¡Mueran!

OTRAS

¡Mueran, mueran!...

UNA VOZ

Ninguno les abona.

Culpables son, pues Dios les abandona.

OTRAS

Ya dan los jueces la señal...

OTRAS

La hoguera

va a prender ya el verdugo.

DON GARCÍA

¡No, no quiero;

no puede más mi corazón de fiera.

¡Sálvese, sí!

(DON GARCÍA va a salir de la tienda, en cuyo momento suena la seña de un agudo clarín. DON GARCÍA se detiene.)

ARJONA

¡El clarín!

PUEBLO

¡Un caballero!

ESCENA VIII

Dichos y DON RAMIRO.

(Se presenta DON RAMIRO armado de pies a cabeza: el esclavo etíope, de quien se hace mención en los anteriores actos, vestido a la oriental, con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el hermoso caballo de batalla del REY DON SANCHO, magníficamente caparazonado y empenachado. Un paje con los colores de la Casa Real de Navarra y Castilla trae el escudo y la lanza de DON RAMIRO. Éste tira un guantelete a los pies de DON GARCÍA y dice en alta voz:)

DON RAMIRO

Aquí estoy, llego a tiempo todavía;
y os declaro a la faz del mundo entero
torpe y vil impostor, mal caballero,
calumniador infame, don García.

VOCES

¡El caballo del Rey!

OTRAS

Ése es el que le ha robado.

OTRAS

¡Qué descaró, qué atrevimiento!

OTRAS

No puede combatir, no es caballero,
está declarado traidor y condenado a muerte.

OTRAS

¡Muera!

OTRAS

¡Sí, sí, que muera también con ellos!

OTRAS

¡Prendedle, matadle!

UNA

Ningún villano puede ceñirse armadura Real.

OTRAS

¡Muera, muera! Allá van los jueces del campo.

TODOS

¡Bien, bien!

(Los jueces del campo, con algunos soldados, se dirigen hostilmente hacia DON RAMIRO. Éste toma rápidamente el escudo de manos del paje, y descolgando el hacha de armas del caparazón del caballo, los hace retroceder.)

DON RAMIRO

¡Mentís! Derechos tengo a esta armadura,
yo puedo entrar con ella en la batalla.

PUEBLO

¡Muera, muera! Cogedle.

DON RAMIRO

¡Atrás, canalla!

REY DE ARMAS

¡Paso al Rey, paso al Rey!

REY

¿Quién atrevido
mi ley insulta y su delito ostenta,
y con mis propias armas se presenta?

DON RAMIRO

Oídme una palabra.

REY

Di.

DON RAMIRO

Al oído

(DON RAMIRO se acerca al oído del REY. Éste se estremece, y volviéndose a los suyos, dice:)

REY

Atrás, señores; retiraos.

DON GARCÍA

¡Cielo!

Con sola una palabra..., aun al Rey mismo...

DON RAMIRO

(Á DON GARCÍA.)

Ya lo veis..., a no ser por mi buen celo
por vuestra alma, la echáis en el abismo.

REY

¡Oh! Concluid ¡por Dios! si este secreto
sabéis. ¿Quién sois?

DON RAMIRO

(Con calma.)

Señor, antes de todo
que inocentes no sean el objeto
de la mofa del vulgo.

REY

De ese modo,
¿queréis...

DON RAMIRO

Que libres sean, o en voz alta
al vulgo vil relataré esa historia.

REY

No, no. Libres están.

DON RAMIRO

Al punto vengan,

y en silencio escuchando se mantengan.

(El REY hace una señal, y van a traer a la REINA y SESÉ. La tienda se cierra como al principio del acto.)

Pues os mostráis, don Sancho, tan celoso
de vuestro Real honor, que una sospecha
mal probada por labio mentiroso,
presa tan noble a los verdugos echa,
quiero, señor, que doña Nuña sepa,
antes que el duelo con mi vida acabe,
lo que en el alma de sus jueces cabe
cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX

Dichos. La REINA y SESÉ, a una seña de DON RAMIRO.

DON RAMIRO

Ya están aquí...; silencio, estadme atentos;
vos también escuchadme, don García,
y si después de oirme unos momentos
la espada alzáis, encontraréis la mía.

(Todos escuchan con asombro y ansiedad. DON RAMIRO domina la escena, y recita con dignidad y calma.)

Conocí una mujer..., su nombre Caya.

REY

¡Dios Santo!

DON RAMIRO

Es grande historia. Esta matrona,
casada con un noble de Vizcaya,
su sien ceñía con feudal corona.
Un mancebo..., su nombra no hace al caso,

se prendó de su garbo y hermosura;
y ella incauta, él audaz, paso tras paso
fuéles prendiendo amor en red segura.
Él amante, altanera la matrona,
«á todo (la dijo él) por ti me atrevo:
¿quieres cambiar por otra esa corona?»
Y ella, que le entendió, picó en el cebo.
Una noche el Barón, su noble esposo,
a manos pereció de unos bandidos;
dolióse ella del caso lastimoso,
mas siguieron de entonces más unidos
los dichosos amantes. ¡Ay! ¿Qué dicha
es segura en la tierra? El mozo osado
heredó a poco un reino, y por desdicha
de Caya, otra mujer con el reinado.
El la aceptó, pues le traía en prenda
otra corona más, y aunque fingía
falaz con Caya, al fiin cayó la venda
que el corazón amante la cubría.
Dejóla el Rey, y en vez del matrimonio
que la ofreció, del reino desterróla
firmándola un inútil testimonio
para un infante que del Rey quedóla.
Y esta mujer, errante y expatriada...

(Se interrumpe.)

REINA, REY y

DON PEDRO

¡Acabad!

DON RAMIRO

Sucumbió tras largo duelo,

a su hijo dando de la edad pasada
noticia, y por el Rey pidiendo al cielo.

REY

¡Dios mío! ¿Y aquel hijo?

DON RAMIRO

Asió una lanza,
y en Palestina y Francia aventurero
vivió, guardando siempre una esperanza
de ser al fin un noble verdadero.

Topó en Francia por fin a una condesa
que a otro príncipe estaba prometida,
la sedujo y huyó con la francesa,
y aquí vinieron a pasar la vida.

REINA

Proseguid.

DON RAMIRO

Á favor del pergamino
que dió el Rey a su madre, pasó este hombre
vida sin porvenir y sin destino,
sin descubrir su origen ni su nombre.

Dió el caso, que a un traidor, que conspiraba
por impensado azar, halló la huella,
y como en nada este hombre se ocupaba,
dió en seguir holgazán el rastro de ella.

Dios les puso a los dos frente por frente,
y por doquier se hallaban: disponía
el uno en unas ruinas plazo y gente,
y el otro sus secretos sorprendía.

Y...

REY, REINA y

DON PEDRO

¿Qué?

DON RAMIRO

Ya en concluir veo que tardo;
secreto es que callárosle no debo,
(Á la REINA.)

Vos la ofendida sois.

(Al REY.)

Vos el mancebo;
don García el traidor, y yo el bastardo.

(DON RAMIRO presenta al REY el pergamino en cuestión, hincando la rodilla en tierra.)

REY

Sí, es mi firma. ¡Hijo mío!

(Abrazo rápido.)

DON RAMIRO

Ahora, García,
ciertos de la verdad ambos estamos;
si me tiendes tu mano, ésta es la mía;
si en tu demanda estás, al campo vamos.

REINA

Tened, tened; el dedo del destino
manifiesto está aquí, y a la inocencia
el justiciero Dios abre camino.

REY

Sí, perdona un error...

REINA

(Interrumpiendo.)

Que no acrimino.

REY

Yo revoco mi bárbara sentencia.

DON RAMIRO

Y yo abrazo la causa de mi hermano:

deróguese la ley, y en su delito
sea el único juez... Dios Soberano.

(De rodillas.)

Su perdón os propongo.

REINA

Yo le admito.

(Á DON GARCÍA.)

Pastor tiene la Iglesia, cuya mano
tiene poder y crédito infinito
de atar y desatar... Tu culpa llora,
y de Roma no más perdón implora.

DON GARCÍA

(De rodillas.)

¡Madre!

REINA

Mas oye: don Ramiro debe
dar la mano a tu esposa prometida,
y en tu lugar también mando que lleve
tu parte de heredad por mí traída.
Sí: pues solo él a defender se atreve
mi calumniado honor con su honra y vida,
ved en qué precio su virtud estimo:
mi primogénito es; le legitimo.

REY

Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.

(Lo hacen y vuelve a quedar a la vista del público el palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos, que, contenidos por los soldados, forman un

numeroso grupo alrededor de la tienda.)

Pues mis armas vistió, ya es caballero:
pregonadlo a mi pueblo, y que esto entienda.

Yo le doy mi caballo: que altanero
sobre él las calles cruce; de la rienda
le lleven Reyes de armas, y que atienda
Navarra a que es su Príncipe heredero.

(Clarines y atabales en señal de pregón, y algo lejos tumulto, vivas. Traen más al centro de la escena el caballo de DON SANCHO. El PUEBLO se agolpa en derredor.)

(Á DON RAMIRO.)

Ea, a caballo tú.

REINA

(Á DON GARCÍA.)

Tú, escolta toma,
y a implorar parte tu perdón de Roma.

DON GARCÍA

(Con afán, y pronto a partir.)

Sí, partiré; mas a la vuelta mía,
si traigo, madre, un corazón sincero,
¿puedo esperar de vos...

DON RAMIRO

(Interrumpiéndolo y atajando a la REINA, que va a responder.)

Sí, don García;
yo tras ti quedo; vé, y en mi fe fía:
buen hermano seré; buen caballero.

(DON RAMIRO y DON GARCÍA se dan la mano, y éste parte por la izquierda seguido de ARJONA, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. DON RAMIRO monta a caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas, de pie sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragón, gritan cada cual a su correspondiente turno.)

REY DE ARMAS

(El que tiene el pendón de Castilla, dice:)

¡Viva la Reina de Castilla!

PUEBLO

¡Viva!

REY DE ARMAS

(El que tiene el de Navarra, dice:)

¡Viva el rey don Sancho de Navarra!

PUEBLO

¡Viva!

REY DE ARMAS

(El que tiene el de Aragón, dice:)

¡Viva el príncipe don Ramiro, Rey de Aragón!

PUEBLO

¡Viva!

(Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes, etc. Tumulto.)

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es